

MARIE-HÉLÈNE LAFON

Traducción de Lluís Maria Todó



Nuestras vidas



El supermercado Franprix de la calle Rendez-Vous, en París. Tres personas: una mujer que mira; Gordana, la cajera; un hombre que se empeña, cada viernes por la mañana, en pasar por la caja cuatro, justo la de Gordana. La mujer que mira, Jeanne, es la narradora. Todo existe a través de ella, que imagina, supone, una vida, unas vidas, en presente, en futuro y en pasado, para Gordana y el hombre. También excava galerías en su propia existencia, visitándolas y recomponiéndolas. Se sabrá que es hija de unos comerciantes de provincias, que tuvo una abuela ciega, que fue contable, que amó a un hombre y que un día ese hombre se marchó.

La nueva novela de Marie-Hélène Lafon narra con delicadeza y milagrosa precisión las soledades urbanas.

OceanofPDF.com



Marie-Hélène Lafon

Nuestras vidas

ePub r1.0

Titivillus 01.05.2022

OceanofPDF.com

Título original: *Nos vies*
Marie-Hélène Lafon, 2017
Traducción: Lluís Maria Todó

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

A Jacques Truph  mus

OceanofPDF.com

«Debo estar con el cuerpo dentro».

JACQUES TRUPHÉMUS

Se llama Gordana. Es rubia. Rubia acre de tanto querer serlo, tiene el pelo áspero. Entre las raíces negras del cabello teñido, la piel es blanca, pálida, brillante, y la mirada se aparta del cráneo de Gordana, como si hubiera sorprendido una parte muy íntima y se la hubiera arrebatado sin que ella se diera cuenta. Su boca queda cerrada sobre los dientes. Permanece obstinada, con el busto corto y tozudo, muy ligeramente inclinado, con la cabeza menuda sobre el eje. Se adivinan unos dientes poderosos, grandes, emboscados detrás de los labios delgados y rosas. La sonrisa de Gordana estallaría como un petardo del 14 de julio. No se la ve sonreír. Hay que imaginar. Quedarse al borde de lo que debe de estar fuera, en otra vida, la sonrisa de Gordana ya desbloqueada. Y su risa. Una risa de garganta, grave, ronca, casi catastrófica. Una risa acrobática y muy sexual. El cuello de Gordana es largo, cremoso, sólido, carnosos. Ese cuello habitado por fuerzas imperiosas la clava en la vida como un árbol se clava en la tierra. Los rudimentarios jerséis de Gordana, de cuello redondo o de pico, dejan asomar su cuello, la pieza maestra de un cuerpo que no carece de atractivos canónicos. Los muslos son largos, delgados, torneados, un chorro apretado. Descansan planos, ceñidos por el pantalón vaquero, colocados uno al lado del otro en inmutable oblación. Gordana no cruza las piernas, su postura se haría insostenible. Se mantiene erguida, con la blusa, corta y roja, adornada de galón blanco, abierta sobre sus muslos eficaces. Y qué decir de sus pechos. La blusa cerrada no bastaría para contenerlos. Abundan. Escapan al entendimiento; ni castos ni turgentes; no se pueden calificar, ni contener, ni resumir. Los pechos de Gordana no perdonan, superan la medida, franquean los límites, no nos evitan, no nos ahorran nada, no salvan a nadie, pueden herir la sensibilidad del espectador, siembran cizaña, no tienen el menor respeto ni educación alguna. No toleran disidencia ni resistencia. Te dejan indefenso. Te quedas ante ellos, quisieras pensar en la compra, ejecutar los

gestos por orden, sacar dejar ordenar, vaciar llenar, la tarjeta el código. Nos esforzamos nos concentramos nos aplicamos, todos más o menos, hombres y mujeres, viejos y jóvenes y de mediana edad; pero los pechos atraviesan, rezuman, es algo orgánico. Es un brillo tenaz y anacarado que parece soldarse a través de los tejidos, que emanaría, a través y contra todo, de esa carne inaudita, inimaginable y perfectamente tibia, opalescente y suave, densa y mullida. Querrías recogerte, cerrar los ojos, juntar las manos, recitarías descabelladas letanías, olerías sabores, gustos, tactos, consistencias, fragancias tenues o lancinantes. Perderías el seso y el sentido común. Los senos de Gordana emergen, considerables y seguros, apuntando. Es un pecho de mujer duro, joven y acorazado.

Acorazado porque la vida es difícil. Gordana no ha cumplido los treinta. Su cuerpo suda adversidad y fatiga antigua. El mundo se le resiste; nada de él le fue dado, ni a ella ni a las y los que la precedieron, la fabricaron y la echaron ahí, a la caja cuatro, en el Franprix del número 93 de la calle Rendez-Vous del distrito doce de París. El cuerpo de Gordana, su voz, su acento, su nombre de pila, su pose, vienen de lejos, de fronteras negadas, de exilios forzosos, de los saqueos de la historia que aplastan las vidas a grandes golpes de tratados embastados con más o menos prisa. No se sabe si Gordana fue niña. Me imagino el final de los años ochenta, el este del Este y las últimas convulsiones de repúblicas muy moribundas. Conjeturamos suburbios rudimentarios, hermanos y hermanas, unos más jóvenes y otro: mayores, un padre largo de rostro y largo de piernas, con ojos claros, dientes estropeados desde joven, una madre inquebrantable y consumida, la escuela que no basta para salvarla, una de esas lenguas rugosas que llaman minoritarias, canciones en inglés, y muy pronto, sueños de lejanía. Gordana podría tener cuatro o cinco años, unas trenzas delgadas con lazos verdes, el torso estrecho, las piernas ya largas, un aire sesgado y la mirada baja sobre el tesoro tembloroso que protege el nido de sus brazos en curva, un cachorro de hocico cuadrado y blanco, sin terminar, como ella, no arrancado aún del limbo ni bien acabado. Un patio trasero aplastado de sol gris, detrás de Gordana unas conejeras desdibujadas y a la izquierda el brazo fuerte y desnudo de una mujer que se intuye vieja, agotada por las faenas que machacan los cuerpos y los doblan, tal vez una abuela. Los pies

de Gordana no se ven, los corta la foto. Colores desvaídos, una franja de cielo pálido, la falda estampada, marrón y más verde, mezclados, el polo blanco sin mangas, un día de verano muy remoto, la luz, el calor duro, brutal, y aquella camada de cachorros que la madre recién parida no habría defendido, limitándose a dejar que el fugitivo, el elegido, el escogido de morro cuadrado hurgara entre sus ubres rosáceas e hinchadas. Vi la foto, la recogí, se había caído, junto con otras dos, de la cartera de Gordana; la miré, reconocí a Gordana, que no sabía que su cartera se había deslizado bajo la caja esparciendo parte de su contenido; la reconocí por el cuello largo, por lo redondeado del mentón. Lo vi todo, todo lo retuve, en el tiempo de dar la vuelta a una segunda foto, aprenderla también y devolver a Gordana, que había terminado con la clienta anterior, la cartera ya ordenada.

Tengo vista, no olvido casi nada, lo que he olvidado, me lo invento. Siempre lo he hecho, siempre así, esa era mi función en la familia hasta la muerte de mi abuela Lucie, la muerte de verdad, la segunda. Mi abuela no quería que nadie más le contara las cosas, decía que conmigo veía mejor que antes del ataque. A su ataque lo llamaba el día de su primera muerte; estaba alegre, nada abrumada, vivaz, desembarazada, también decía eso, descargada. Yo no le preguntaba de qué, tal vez de aquellos años vacíos que habían transcurrido entre la muerte de su marido y su enfermedad, de hecho apenas ocho años, pero noventa y cuatro meses, para nadie y para nada, era su expresión, aunque no se quejaba; nada ni nadie, su única hija se había ido a un pueblo perdido de la comarca de Moulins, amarrada a la labor entre tres niños de pecho y una tienda de pueblo, y su Augustin muerto, su Augustin, el mejor de los hombres, una flor del paraíso, un atleta de la vida, un virtuoso de cada día, un azogue, el rey de la remolacha y la endivia; aquel abuelo fue, como su padre y su abuelo antes que él, administrador de una gran finca agrícola en el departamento de Pas-de-Calais, y probablemente mejor esposo que padre; mi madre no decía gran cosa de él, solo que el hombre no podía consolarse de no haber tenido hijos varones para tomar la antorcha y proseguir el linaje. La antorcha y el linaje también

aparecían en los relatos de la abuela Lucie que se reía dulcemente de las caducas esperanzas de su Augustin. Yo me reía con ella, aunque no acababa de comprender aquellas historias antiguas; muy pronto solo sentí un vértigo detrás de ciertos silencios en los que se habían hundido para siempre los años de las dos guerras y también el encuentro de mis padres, sin duda en Nevers donde vivía entonces la madrina de mi madre, alta figura de maestra jubilada y soltera, muerta en 1942, que mis hermanos y yo no conocimos. La abuela Lucie me llamaba su pollita, o su tortita, o su bombón cuando llegué a los quince o dieciséis años y ella creyó que me volvía guapa, que gustaría a los chicos y los chicos me gustarían a mí, que me enamoraría. Creía lo que creen, lo que quieren creer las abuelas cuando son risueñas y ciegas, y su única nieta agarra los quince años. Los demás nietos son varones, más descastados y tornadizos, menos dados a venir a sentarse en el sillón al lado de la abuela quieta para siempre ante la ventana, menos hábiles a la hora de hacer existir las cosas, los animales y las personas para siempre hurtados, hundidos en la oscuridad. Ella decía que lo suyo no era oscuridad, hablaba de una especie de caleidoscopio, todo se movía, las luces o los brillos, olas verticales como una cortina de lluvia en la niebla. Nadie podía saber lo que había al otro lado de la primera muerte de la abuela Lucie. Yo estudiaba latín, pensaba que la luz se había refugiado toda entera en su nombre y en un puñado de palabras que le sentaban bien, lúcida, luciérnaga. Aprendí a mirar por ella y a recordar para hacer cosechas y brazadas, y reinventarlo todo. En más de cuarenta años nunca he dejado de hacerlo.

Gordana quizá tiene un hijo. En la segunda foto sostiene a un bebé de tres o cuatro meses, rosado y desnudo, un niño. Más que sostenerlo, lo blande, el niño tiene los ojos abiertos, muy grandes, claros, de un azul anegado. Los pechos de Gordana llenan la foto, estallan, fulguran, ceñidos de rojo brillante. Tiene los brazos delgados y las manos largas sobre el pecho del niño. Los cabellos espesos, cortados de cualquier manera sobre la frente y las orejas. Gordana puede tener dieciocho o treinta años, o más, o menos; ella no habita su cuerpo, ella se presta. Está al lado, uno la cruza, la roza, es

un choque o algo que flota. El niño debe de estar allí lejos, se quedó en el mundo antiguo, en casa de una abuela o una tía destinada a esa tarea de guardar niños abandonados. Tendrá unos siete u ocho años, la barbilla en punta, en las fotos no sonreirá. Gordana le mandará dinero cada mes, llamará una o dos veces por semana, hablará un poco con el niño que nunca sabrá contar a su madre los juegos del colegio, la nieve de los inviernos y la espera salvaje, y el aburrimiento blando de las tardes con los primos delante de la televisión. Las fotos de Gordana quedaron tragadas, radiografiadas, engullidas, dos de tres. No tuve tiempo de darle la vuelta a la tercera. Gordana no sonrió cuando le alargué y le devolví su cartera. Me conoce, siempre paso por su caja, dos veces por semana, el martes y el viernes. Me dio las gracias, altiva y protocolaria, y volvió al trabajo con las manos entre los productos. Los largos dedos de Gordana faenan, tiene las uñas rosas, hace gestos, su mirada es imposible, no ve a las personas, no quiere verlas. No tiene medios para ello, sería un lujo insensato, eso está bien para los nativos, los legítimos que no tienen que pelear por todo y viven cada segundo en su país, en su lengua, sin siquiera pensar en ello. Gordana calcula y se economiza, por instinto, tuvo que empezar muy pronto, se economiza para durar, aguantar y superar. Está preparada, lista, cumple la tarea con gran valentía, solo su voz refunfuña imperceptiblemente y pena por largarse en el momento de decir buenos días, decir adiós, o anunciar la suma total de la compra, cuando alguien se lo pregunta, si alguien se arriesga a preguntarle algo, o cuando debe responder a una pregunta sobre un producto, sobre un precio o una promoción. Se refugia en su acento que no es nada musical, es un acento que rasca, raspa y chirría. Cualquier palabra violenta a Gordana, la asedia, choca contra el resplandor diamantino de su cuello blanco y se aplasta con un ruido blando contra el caparazón de su torso. El hombre es aún joven. Unos cuarenta. Bajo, macizo, apretado, potente. Me fijé en él cuando me jubilé y empecé a venir, como él, los viernes a media mañana, lo más tarde a las diez y media o las once. Nunca lo había visto antes, ni en el súper ni en el barrio. Debe de vivir en otra parte. No lleva cesto, ni carrito, ni bolsa de ninguna clase. No va equipado. Agarra las cosas, las mantiene apretadas contra él, contra el vientre, el pecho, el torso, como si su vida pendiera de ello. Las cosas le

obedecen, no se caen, no desbordan. Lo que hace es la compra de un hombre para otro, un padre o un tío anciano e impedido al que debe de visitar una vez por semana, su día de descanso, el viernes, en este barrio alejado del suyo. Un tío que al mismo tiempo podría ser su padrino, un hermano de su madre mucho mayor que ella, un hombre de noventa y siete años que todavía vive en su casa, seco y encogido, pero en su casa. Un tío, no un padre, una madre tampoco, en todo caso no una mujer, a juzgar por los productos que compra. Su padre y su madre deben de llevar ya varios años muertos, él es un hijo de padres viejos, y además hijo único.

El hombre vive solo después de un divorcio, seguro, tendrá unos cuarenta y dos años y no tiene hijos. No quiso tener hijos y su mujer debió de abandonarlo para irse a tener hijos con otro; no solo por eso, pero también por eso. A aquella mujer no debió de echarla de menos, fue ella la que quiso irse, seguro que la mujer lloró, exigió explicaciones, trató de comprender y gritó, contra él y contra su inercia y su egoísmo, su silencio y sus aires de gran hombre y contra las ínfulas de cinturón negro de kárate, contra el club y el entrenamiento de los jóvenes que lo ocupaba tres tardes a la semana, sin contar las competiciones, el sábado o el domingo, en las barriadas más alejadas, y eso cuando no era en el otro extremo de Francia. Es más fácil hacerse admirar y respetar por los hijos ajenos que amar y criar a los propios. Seguro que se pasaba mucho tiempo en el club y en el trabajo, en Orly, con los aviones, la mecánica, el mantenimiento en tierra; un buen equipo, sobre todo con Rémi y Didier, que entraron el mismo año que él, a los veintiún años, al terminar la mili. Casi veinticinco años en el vientre de los aviones, para él no fue un sueño infantil, fue un poco por casualidad. Me lo invento todo sobre ese hombre, me sé su novela de memoria, la voy desarrollando. Siempre he hecho esto, en el internado, en Moulins, contaba cosas en voz alta, en el cobertizo en invierno entre la cena y la hora de estudio, teníamos media hora, nos juntábamos cuatro para estar más calientes, a oscuras. Las otras chicas me reclamaban la continuación del folletín, pensaban en él por la noche en la cama antes de dormirse y me preguntaban de dónde sacaba aquellas invenciones. No entendían que yo

fuera mejor en matemáticas que en redacción. Tampoco comprendieron que después del bachillerato me pusiera a estudiar contabilidad en París en una escuela privada vivamente aconsejada por los amigos más íntimos de mis padres, los Demy; después, dejé que las cosas se deshicieran entre nosotras. No me gustaba recibir cartas, habría tenido que responder, ya no se trataba de inventar, y yo no tenía nada que decir. De tarde en tarde, a través de mi madre o de mis cuñadas, sabía de ellas. La mayoría se habían marchado, tenían oficios, maridos, hijos; aquí un divorcio, allá una enfermedad, nada extraordinario. Nuestras vidas siguieron, las suyas y la mía. En París, en el metro, durante cuarenta años, he estado pescando rostros, perfiles de mujer o de hombre que no volvería a ver nunca más, y he fantaseado, husmeado dentro de ellos, a fondo, como si nada, en la línea seis o en la línea cuatro, quince o veinte minutos ida y vuelta mañana y tarde cinco veces por semana, sin contar el tiempo de los viajes que no tenían nada que ver con la oficina; he pasado cuarenta años hundiéndome en el laberinto de unas vidas olfateadas, trenzadas, esbozadas, como otros habrían dibujado a lápiz inclinados sobre una libreta de espiral.

No me imagino otro oficio para Gordana. No me imagino nada. No la veo, no adivino sus gestos. No repone productos en las estanterías, nunca te la cruzas en el súper. No sé cómo se inclinaría su cuerpo para asir las cajas de mercancías, ni cómo sería de dependienta de una panadería, o de cuidadora, o de vendedora de frutas y verduras, o de conductora de metro. Y sin embargo. Conductora de metro sería posible. Se hundiría en la tripa negra tachonada de luces. No hablaría en el micro salvo cuando se viera obligada a anunciar algún incidente en la estación Parmentier o una demora de algunos minutos por la regulación del tráfico. Los viajeros estarían descontentos porque no habrían comprendido nada por culpa del acento de la conductora o del conductor; ni siquiera estarían seguros de que fuera una mujer, algunos querrían comprobarlo y echarían un vistazo a la izquierda al pasar junto a la cabecera del tren a la salida, pero no se atreverían a hablar con aquella rubia ferozmente sentada en la cabina del conductor, y se limitarían a pensar que desde luego la RATP ya podría cuidar de que el

acento de sus empleados no dificultara la comprensión de los avisos destinados al público. Gordana preferiría los servicios extremos, de mañana muy temprano o por la noche, jamás almorzaría en la cantina y no entablaría ninguna relación personal con sus colegas, o las menos posibles. Gordana rechaza, no comienza, o no recomienza. La capacidad de recomenzar de las mujeres, y a veces de los hombres, me destroza, me trastorna. Está ahí, es cosa dada, basta con mirar y escuchar. Sobre todo las mujeres, algunas, qué valientes son, cómo quieren creer en ello, y pagan con su persona, con todo su cuerpo que fabrica hijos y los alimenta; y se agachan, visten, anudan bufandas, abrochan abrigos, consuelan verifican regañan acarician, es el cuento de nunca acabar. Cómo son devoradas, y consienten en ello o no consienten, o dejan ya de consentir pero todavía pueden, todavía lo hacen, porque hay que hacerlo y hay en ellas algo que resiste, que sigue. Eso es así cada día, y al cabo de los días forma una vida. Yo lo he contabilizado, he contado el número de bufandas anudadas, de meriendas metidas en las carteras en cinco años de escuela primaria a razón de dos hijos por mujer. Siempre me han gustado los cálculos incongruentes, cálculos mentales, el peso de los yogures transportados para el consumo de una familia de cuatro miembros en un año a razón de un yogur por día y por persona, y de ciento veinticinco gramos por unidad de yogur natural sin sabores.

Me encallo en el nombre del hombre oscuro, se me resiste, tal vez a causa del cuerpo, de la tez amarillenta, del pelo ondulado, tupido, de la nuca carnosa, y de las manos de uñas cortas y abombadas, muy cuidadas. Sus rasgos son heterogéneos, opacos. Podría ser de origen portugués o español. Dudo: André o Bruno o Claude. En tercero estuve enamorada de un muchacho que se llamaba Bruno, era tenebroso y delgado, quería hacerse cura, como su tío, que enseñaba filosofía y llevaba sotana. André y Gordana, Gordana y Claude, suena bien, un chasqueo tierno, es un principio. Gordana y Claude vuelven de las Canarias, o de Barcelona. Claude enseña kárate a Gordana, ella tiene facultades. No están suscritos a

ningún periódico y solo miran las noticias en el telediario de la noche, con eso les basta.

Comparten sin problemas las tareas domésticas, él se encarga de la compra y la cocina, ella de la limpieza y la colada. Ella no pretendió, como suelen hacer las mujeres, revolucionar su vestuario de hombre solo, no tuvo nada que decir. Gordana no quiere llevar a Claude a conocer a su familia, está demasiado lejos, es muy complicado. Él piensa que ella no tiene ganas, que no se siente preparada, y no insiste. Gordana y Claude se callan mucho juntos. Se compraron un sofá de cuero marrón, no convertible, y Gordana ha dejado de fumar. Gordana fumó, mucho, durante mucho tiempo, violentamente, como una tragona, fumaba profundo. Nada distinguido, nada evanescente. Nada de volutas fluidas. Sus manos no fueron lánguidas. Fumó feroz, a la desesperada. Las mejillas se le hundieron. Lo tragó todo, todo lo conservó dentro, para enlucir el cuerpo por dentro, para no perder nada y mantenerse caliente y no estar ya en el mundo. No liaba los cigarrillos. Demasiado lento, demasiado minucioso, demasiado enmarañado. Debió de empezar a los quince años, con un chico de su tierra, mayor que ella; el chico había dejado el colegio y quería alistarse en el ejército. Le tocaba los pechos, que le habían crecido el año anterior, en pocos meses. Ella se acostumbró, en su ambiente era lo que se esperaba, las mujeres de su familia, su madre su abuela sus tías, las hermanas mayores tal vez, habían conocido eso, el crecimiento brusco, la erupción tardía y calamitosa. Y acto seguido la mirada imantada de los machos, todos, los viejos los jóvenes, los posibles y los imposibles, los altos y delgados y los bajos y sebosos, los vulgarísimos que no se atreverían y los muy destacables que te fulminaban con una mirada soberana, todos, confinados en su carne y dotados de su fatídico instrumento. El muchacho que tocaba los pechos a Gordana se fue al servicio militar y le escribió dos veces. Después ella no recibió más noticias y conoció a otros hombres.

La jubilación es una cuestión de disciplina. Hay que andarse con cuidado, levantarse a horas regulares, no pasarse toda la mañana en pijama, salir a la compra con una lista y el carrito, porque ahora ya se tiene tiempo, pero no

permitir que las tareas domésticas se dilaten y te coman la vida. Yo me esmero, busco el ritmo adecuado, los meses y las semanas galopan. Divisé al hombre el diciembre pasado. Estaba delante de mí, en la caja cuatro, la caja de Gordana. Había pagado con un billete de cincuenta euros, que ella miró con hostilidad durante un breve instante, palpándolo con aire dubitativo, antes de meterlo en el cajón compartimentado y devolverle el cambio, dos billetes de diez, uno de cinco y un puñado de calderilla. El hombre tendía la mano, lo primero en que me fijé fue en eso, esa mano morena, ancha y fuerte, una mano eficaz, volteada, ahuecada en un gesto infantil y de espera; Gordana desdeñó aquella mano, no la tuvo en cuenta. Había echado el dinero en un recipiente de plástico moldeado, previsto para tal efecto en el reborde alto de la caja, ergonómico y protocolario, concebido y estudiado para que el dinero pueda circular sin que las pieles se toquen, sin intercambiar jugos ni sudores, sin mezcla y sin caricia, sin roce ni temblor. El hombre mendigaba, mendigaba la mirada de Gordana y la unción de sus dedos eficaces. El gesto del hombre me traspasó, su gesto de suplicante noble y transido. El supermercado me pone sentimental. La cosa me empezó tarde, después de los cuarenta, y me gustó ese vago prurito suscitado por las canciones, siempre las mismas, cuya letra gira en un bucle fatigado por los pasillos tapizados de productos de colores. Las palabras circulan y forman un batido con los olores de fruta, de pan industrial, de productos de limpieza, de vitrinas refrigeradas. El frescor de nuestros productos y la sonrisa de nuestras cajeras se mezclan con las hermosas letras pesadas de las sempiternas canciones que dicen con la mayor justeza los amores nacies o gastados, las voluntades, las esperas, las expectativas frustradas o cumplidas, el ardor de los comienzos, el sabor a hierro de las traiciones y el muelle desgaste de los sentimientos. *Ti amo ti amo ti amo. Haga lo que haga o aunque yo no sea nada no desaparezcas yo pienso en ti.* Es la papilla de las emociones, la suprema ensalada. *Si mamá si mamá si mamá si tú supieras mi vida yo lloro cuando río si mamá si.* No pensamos en ello, para nada, circulamos por las secciones con la cesta o el carro y la lista. *Ando solo sin amigo sin nadie.* Es automático y estamos aquí porque es necesario; no pensamos prácticamente en nada y todo se va haciendo. *Dime dime aunque sea que se marchó con otro que no soy yo pero que no*

fue por culpa mía. Nos vemos atravesados por las letras de unas canciones que en casa no escucharíamos. Basta con no resistirse. Yo no me resisto, eso me lava un poco, me acuerdo vagamente, retales y fragmentos, pedazos, haga lo que haga y sea yo lo que sea. El hombre que está esperando en la caja cuatro no se sabe atrapado en la red de las canciones cursis. Él pide una bolsa, ella empuja hacia él una bolsa arrugada. Él dice adiós, ella articula tres sílabas ásperas, no levanta la vista, se hunde en los artículos que yo he depositado sobre la plataforma de su caja.

Ese hombre, Claude, o André, o Bruno, quizá amó a una mujer una vez en su vida. Ella estaba casada; tenía siete años más que él. Ella podría ser madre de un chico del club, el más joven de la sección de los principiantes. Venía a buscarlo después del entrenamiento del viernes porque aquel día no trabajaba y luego lo dejaba directamente en casa de los abuelos paternos; él siempre pasaba en casa de ellos la noche del viernes. Ella era profesora de español. Tenía otro hijo, una chica de catorce años, minusválida, que volvía a casa cada viernes y se marchaba de nuevo el domingo; la madre no dijo minusválida en qué sentido, la primera vez no había añadido nada pero él comprendió que el muchacho tenía necesidad de experimentar que su cuerpo, en cambio, estaba bien vivo, erguido, ardiente, equipado para la lucha. Aquella mujer lo habría subido por encima de sí mismo. Iban a casa de ella, a una habitación contigua a la de la chica que llevaba catorce años gritando todas las noches. Ella dormía en aquella habitación para velar por la chica el sábado o el domingo, la otra noche le tocaba a su marido. La niña tenía un nombre vivaz, Iris. Iban a aquella habitación, iban a aquellos bosques que ella conocía, entre Igny y Saulx-les-Chartreux; iban y lo hacían como él jamás lo había hecho antes de ella, ni después de ella. Aquella mujer dijo desde el primer momento que no iba a abandonar a su marido ni a sus hijos, él no suplicó, sabía que no serviría de nada. Tomó lo que ella daba, sin palabras, en una suavidad de tormenta. El hombre oscuro no habla de nada, con nadie. ¿Con quién iba a hablar, y de qué? Nada existe, todo permanece agazapado bajo las palabras, atragantado ahí dentro, en el fondo del cuerpo. Gordana se hace la salvaje, eso es todo. El hombre nunca habló

mucho, ni comprendió esa necesidad que tienen las mujeres, a menudo, no todas las mujeres pero casi todas, de poner palabras sobre los momentos, sobre las cosas y sobre las personas, entre ellas, sobre ellas, decir el porqué y decir el cómo, justificar y explicar, contar, remontarse a los orígenes, comprender, juzgar, condenar, absolver, perdonar, desgastar las frases y las palabras, siempre las mismas frases y las mismas palabras. Él no cree en eso. Aquella mujer que tanto amó era como él. Su hija no habló jamás, no hablaría. Había aprendido a hacer las cosas de otra manera, a posar una mano sobre una nuca, a esperar, a mantenerse acurrucada en el calorcillo de las pieles, a adivinar con la punta de los dedos el interior blanco de los brazos. También sabía adosarse a ciertos árboles del bosque, esos árboles le daban la fuerza, él lo sintió a través de ella. Después de dos años, aquella mujer se marchó, siguió a su marido a México. Él todavía se sabe de memoria su número de teléfono.

Gordana es inexorable. Es la diosa de cabeza amarilla a quien implora el hombre sin palabras. El hombre moreno está ahí, enteramente entregado, está celebrando el culto, tenaz y viviente; mendiga, mendiga fuerte y seco en la caja cuatro, quiere existir, quiere hacer, aúlla en silencio. El misterio es antiguo, el ritual es inmutable. Gordana no toca, a ella no se la toca, alojada en su cascarón, nadie la alcanza. Impávida en la caja cuatro detrás de la muralla de plástico y metal, recibe sin verlos homenajes enloquecidos, se esquivo. A Gordana no se la atrapa. No empezará nada. Nada se esbozará. Ni idilios subrepticios, ni arrullos empalagosos, nada de violentas y deliciosas palpitaciones, nada de flechazos en el pecho, nada de flechazos en el corazón, nada de nada, abstinencia y virtud abismal. No hay sentimientos en la caja cuatro del número noventa y tres de la calle Rendez-Vous, la del mal nombre. Aquí nadie se suelta. Nadie tiene los medios. Aquí nadie tiene tiempo para deambular, para galantear amablemente entre el paquete de café cien por cien arábica y el kilo de tomates belgas. Es el invierno del mundo, la severa glaciación. Aquí nadie ha entrado sin saber, nadie ha sido elegido, nada más. Después cada cual se las arregla. El hombre se las arregla, su espalda lo dice, su nuca sola. Gordana se hace la

avara. No es un inconveniente; no es un inconveniente para esperar en la caja cuatro el viernes entre las once y las once y veinte. El hombre se limita a ese pedacito de nada, la ve, la toma en su mirada. Él está en su orbe, en su poderío singular, nimbado por lo que tan solo a ella pertenece, la textura de su piel, la tensión blanca, todo lo salvaje agazapado bajo la blusa, bajo el jersey, a lo largo de sus piernas elásticas, detrás de la voz arrancada. El hombre está en los tiempos de antaño, es el buen creyente, el ferviente silencioso que mastica sus prodigiosas sobras en el desierto habitado de las semanas. La espalda del hombre que implora cada segundo de Gordana es un riesgo, incluso un peligro. Demasiado en carne viva, demasiado tenso. Gordana inquieta y aguza. Sabemos que se llama Gordana porque, al poco de llegar ella, oímos a las otras cajas pronunciar a veces ese nombre rugoso, inusual, hirsuto. Primero creí que no había oído bien, el nombre se me cruzaba con el Gordini de los Renault 8 que antiguamente rugían en las pequeñas carreteras del sábado noche, cargados de chicas y chicos jóvenes, más o menos entremezclados, *aftershave* y colonias dulzonas, ávido cargamento que veíamos derramarse, alegre, en la plaza del pueblo donde durante tres días se desplegaban los tiouvivos y las barracas de las fiestas patronales.

No tenemos derecho a nada. Mi padre lo decía por las noches ante la tele cuando salían imágenes de manifestaciones, gente que reivindicaba cosas en las ciudades, en Francia o en el extranjero, con pancartas, carteles. Él repetía esta palabra echando la barbilla hacia delante, yo pensaba en laureles. No explicaba nada, se entendía que estaba en contra de los asalariados, la palabra silbaba entre sus dientes. Él tenía una tienda que atender, con su mujer como toda familia, solos, como sus padres antes que ellos, se trataba de que entrara el dinero, no de desfilar dando voces. Mis hermanos se callaban o, de mayores, salían sin terminar de comer. Yo ayudaba a mi madre a recoger los platos que conservaba calientes en un rincón junto a los fogones para los chicos, ya se calmarían, vendrían con hambre. Llamaba los chicos a los tres, a los gemelos y a Denis, que nació un año justo después de ellos, casi exactamente, cuando ella no había

cumplido los veinte y ya llevaba la tienda con mi padre, que era un hombre trabajador pero no podía plantarle cara a todo él solo. Me gustaba aquella expresión de mi madre, plantar cara, que utilizaba para todo, los pequeños imprevistos y los grandes, el trabajo, los azares de la salud. Ella había plantado cara, con sus tres bebés y una suegra poco llevadera, a todo lo que había que aprender en una tienda de ultramarinos. Nunca usó otra expresión más que esa, poco llevadera, para referirse a una suegra enfermiza que yo no conocí; acababa de morir cuando nací, once años después que mis hermanos, la sorpresa de los treinta años para mi madre, el báculo de la vejez para mi padre que ya tenía cuarenta años y eligió mi nombre de pila, el segundo nombre de su madre, Jeanne. Es un nombre de vieja, precisamente de abuela, dirían más tarde en el internado las otras niñas que se llamaban Bernadette, Francine, Marie-Jo, Jocelyne, Agnès o Élisabeth. Un nombre que separa. No tenemos derecho a nada, me acordé de la frase cuando se marchó Karim, me regresó desde la infancia, como la letra de una canción indestructible, *haga lo que haga esté donde esté yo nada te borra, yo pienso en ti*. Tenía más de treinta y siete años, de los que dieciocho los había pasado con él, en París, lejos de Saint-Hilaire y de mi padre, que jamás quiso verlo. Mande usted tres hijos a Argelia con el contingente durante más de veintisiete meses para eso, para que tu hija única te traicione y se ponga a vivir con un moro, un moro con estudios, vale, y que tiene un trabajo de veras, como ella, incluso mejor que el de ella, de acuerdo, y que bebe vino y come cerdo, vale, pero un moro. Yo iba a verlos cuatro veces al año. Me quedaba tres días cada vez y pasaba una temporada más larga un verano sí otro no, pero no hablábamos de Karim, de él no hablaríamos jamás. Mi padre era cariñoso con la abuela Lucie, que vivió en casa durante más de quince años y no tenía palabras suficientes para aquel yerno magnánimo. Era cariñoso con sus siete nietos y con los clientes asiduos de la tienda que venían a comprar alguna tontería para charlar, para oír el sonido de sus voces al menos una vez al día; era simpático con los solitarios de las granjas y los caseríos perdidos al final de caminos que había que adivinar entre los setos de avellanos que ya nadie quería cuidar. Las rondas eran su pasión, yo las hacía con él los jueves, antes de marcharme al internado. Yo devolvía el cambio y a él le gustaba mi impecable celeridad

en cuestión de cálculo mental. Nunca le vi fallar una operación, era infalible, pero yo era más rápida. Hacíamos concursos en las carreteras, entre dos paradas, y nuestra alegría era perfecta. Era cariñoso, pero con Karim no pudo.

El hombre oscuro habría soñado con ser cirujano. Llevaría bata verde, gorro y mascarilla. Sus manos enguantadas de látex abrirían incisiones en las carnes, extraerían tumores, sacarían órganos, palparían rajarían pincharían repararían aliviarían sacrificarían; sus manos habrían sido soberanas bajo la piel, en el interior de esos cuerpos, por el otro lado, donde no entra la mirada, allí donde el instrumento se hunde en la opacidad roja y caliente de lo vivo. También habría tenido, transmitido por su madre o su abuela, el don de quitar el fuego, así es como lo decíamos en Saint-Hilaire para referirnos a la mujer que íbamos a ver en caso de necesidad, yo sabía por mis hermanos que la mujer no tocaba la quemadura, imponía las manos y pronunciaba unas fórmulas que nadie comprendía, también hacía otras cosas, pero no había que contárselo a nadie, si no, la mujer perdería el poder de aliviar a la persona que divulgara el secreto y a todos los miembros de su familia. Las manos del hombre depositan los productos sobre el mostrador de la caja cuatro; son manos de buena voluntad, trabajadoras y tiernas, eficientes, unas manos sólidas, hechas para construir y para acunar, unas manos de paciencia. Las muñecas del hombre son delgadas y leñosas. Veo al hombre cada viernes por la mañana, está ahí, no falta, está seguro, lo veo y pienso que es como un olivo empujado por un viento loco; se doblega y se pliega y aguanta, aguantó, aguantará. La ciudad sería un bosque poblado de mujeres álamos, fresnos, tilos, de hombres abedules, eucaliptos, hayas; sin olvidar los avellanos, los arces, las lilas, los pinos, los cipreses, los cedros, los serbales, los cerezos; no nos olvidamos no olvidamos nada. En verano, a veces Gordana lleva bajo la bata una camiseta negra de cuello redondo con la efigie de Mick Jagger. Pienso que ella no había nacido aún cuando, en la tozuda primavera del año 76, los Rolling Stones incendiaban multitudes en los Mataderos de La Villette. Yo tenía veintiocho años y estaba en los Mataderos con Karim y nuestros amigos de aquellos engullidos tiempos

que, como él y como yo, se sabían de memoria las eficaces cantinelas del títere de los morritos y sus canijos acólitos. Las cantábamos por la noche, los chicos a la guitarra y las chicas haciendo las voces, y nuestros cabellos igualmente largos fluían como móviles cortinas a la luz tamizada de las lámparas dispersas. Los demás se burlaban de mí porque también me gustaban Jean Ferrat y Georges Brassens. Durante mucho tiempo escuché *Angie y Sister Morphine* o *Love in Vain*. Solo le faltó una chispa a Gordana para ser de la raza de los que fulminan y más que ir aparecen, arrojados por la evidencia de su cuerpo radiante. El tejido sintético de su camiseta, fina y reluciente, se tensa sobre sus pechos inverosímiles que no agotan la melena ondulante de Jagger ni su boca devoradora, figurados en rojo.

Me cuesta trabajo distinguir el gallardo nombre de Gordana bajo el acento endiablado de una cajera novicia, petrificada de vana actividad ante la vitrina cerrada de los licores caros situada en la cercanía inmediata de la caja cuatro. La cerradura se resiste, la llave sigue bloqueada, un cliente poco agradable se exaspera en la caja seis, espera su *whisky* con la cara cocida y abotargada, la mirada perdida, el aliento acre, echa pestes mientras blande su billete de veinte euros con gestos anegados en el irreprimible temblor matutinal. Gordana no oye, no quiere oír, devuelve el cambio a la mujer que me precede, agarra mis yogures, no quiere saber nada. La cosa se alarga, dura. El hombre oscuro ha surgido a mi espalda, puntual, hundido en su celebración. El establecimiento está casi vacío, no hay ningún otro empleado a la vista. Gordana sería el único recurso, la única tabla de salvación de la infeliz que se empeña y chapurrea en su jerigonza de isla lejana. Gordana, por fin, eructa a mi atención someras excusas y dejando caer mis tres limones surge, se yergue, despegas de su caja. Es alta, más aún de lo que anunciaba el chorro de sus largos muslos. Muy pronto algo alerta, algo te atrapa en sus andares, desuella, me desuella, nos desuella. Gordana más que andar se propulsa, jadea a lo salvaje, todo su cuerpo se dobla, se zambulle, a cada paso parece buscar, inventar un equilibrio imposible de reforzar. El pie izquierdo, corto y ancho, está estrechamente ceñido por un zapato negro y se adivina una suela gruesa y compensada a pesar de los vaqueros acampanados, desflecados, ajustados a propósito sobre el reluciente calzado. En dos saltos de araña enloquecida Gordana está delante

del armario acristalado que a ella no se le resiste, que ella abre con un agarre seco, bajando la cabeza, sin mirar a la otra, la ingenua, la pegajosa que rezuma vano agradecimiento. Yo me vuelvo, me hundo en las entrañas del bolso. No he visto nada, no he sorprendido nada, Gordana podría creerlo cuando, aplastada, con las mandíbulas apretadas, vuelve por fin al providencial habitáculo de la caja cuatro.

Al salir el hombre se ha sentado, le costaba trabajo irse, eso se notaba, yo lo he visto; también a mí me costaba, he esperado hurgando en mi carrito; él se ha quedado tres minutos sentado en un banco, justo a la salida del súper, miraba hacia delante, no se movía, después se ha levantado, rígido y ceñido. Se llama Horacio. Horacio Fortunato, una cosa así no se inventa, no se adivina, cuarenta y cinco años nacido en París hijo único de padres portugueses, portero y portera de vivienda en el distrito XIV, la calle Adolphe-Focillon. Adolphe-Focillon tampoco es algo que se invente, yo conozco esa calle, entre Alésia y la Puerta de Orleans, es un barrio coqueto y opulento a la vez, Isabelle y su marido vivieron allí, se sentían muy a gusto, durante once años alquilaron en la planta baja del número ocho un piso de tres habitaciones que resultó realmente pequeño cuando nacieron las mellizas, se fueron, alquilaron una casa lejos, en Verrières, comarca de Yvelines, una casa grande con un jardín auténtico. En el despacho y en la vida Isabelle y yo nos llevábamos muy bien; habríamos podido ser primas o incluso hermanas, ella era más joven, nueve años menos, pero casi nos parecíamos, ella era, como yo, hija de tenderos, carniceros-charcuteros-cocineros, en Guéret, una dinastía, con las manos en la carne durante cuatro generaciones, ella también tenía tres hermanos mayores, también había traicionado el comercio por la contabilidad, nos reíamos mucho, éramos jóvenes. Dos veces a la semana, los lunes y los jueves, yo volvía con ella cuando Laurent estaba en clase, estudiaba para perito contable, recogíamos a los niños en la guardería y en el parvulario y yo la ayudaba en todo. Eso era después de Karim, Isabelle y Laurent no llegaron a conocerlo. Yo llenaba las tardes con esos gestos y las tareas multiplicadas cuando se tienen cuatro niños pequeños en casa, me quedaba dos o tres horas, me iba

antes de que llegara Laurent; volvía a pie y me lavaba los dientes y las manos, largamente, a oscuras, y sin comer me echaba en el sofá del salón que se había convertido en mi cama, ya no dormía en mi habitación, no leía nada, encendía la radio y me sumergía en aquel balbuceo incomprensible esperando el sueño, bajo la manta, con los pies fríos y la sábana bajo la barbilla. Isabelle comprendía que tenía que tragarme una pena muy grande y que no pasaba, no hacía preguntas.

En cuanto a lo del hombre, lo supe en la farmacia. Después de abandonar el banco de delante del Franprix, entró en la farmacia de la rotonda y yo lo seguí. Nunca había hecho eso de seguir a alguien; es fácil, en la farmacia no me conocen, nadie me preguntó nada, nunca me han visto, es fácil hacer como que buscas una leche corporal o una crema de día y escuchar lo que dicen. Enseguida después de mí entró una mujer pequeña, bajita y animada que hablaba fuerte, exclamó algo, se abrazaron, él me pareció más alto de lo que creía porque tuvo que agacharse para abrazar a la mujer, era la primera vez que lo veía fuera del Franprix, me pareció como si no tuviese el mismo cuerpo. La mujer pequeña lo llamó por su nombre de pila, Horacio, repetía ella, tu padre siempre dice Horacio es mi sol, vendrá Horacio, yo ahora soy como un pajarito en su rama, vendrá Horacio, él tiene paciencia, él arreglará eso, se ocupará de aquello, se lo pediré a Horacio; la mujer dijo que no todos los padres tienen la misma suerte. La farmacéutica no perdía la paciencia, asentía con la cabeza y parecía conocer a aquella mujer y al anciano padre a quien estaban destinados los medicamentos que el hijo acababa de comprar. La farmacéutica dijo adiós *monsieur* Fortunato hasta el viernes que viene, y ya supe el apellido; después siguió hablando con la mujer, pero menos fuerte y yo no oía nada de nada; sin embargo pude deducir que aquella mujer también había sido portera en la calle Focillon, en aquella época todos los porteros de aquel barrio procedían de la misma zona de Portugal; dijo un nombre que no comprendí; su única hija, Lydia, era de la edad de Horacio, cuarenta y cinco años, que se convirtió en hijo único a la muerte de una hermana primogénita mucho mayor que él, la madre jamás pudo recuperarse del golpe, se marchó pronto, justo antes de la

jubilación, murió de enfermedad, había que ver cómo la cuidaron sus dos hombres; su hija, Lydia, y Horacio, la mujer pronunciaba la *r* con la dulzura del portugués, hicieron la primaria juntos, y después también el colegio, pero Horacio aprendía mejor, era más formal, tenía bagaje, la mujer repetía aquella palabra, bagaje, y los dos nombres, Lydia Horacio; tenía un buen empleo, un oficio de verdad, Horacio; pero no tuvo hijos, como Lydia, y para ella, ahora, a los cuarenta y cinco años, insistía en la edad, era demasiado tarde, sin familia, sin hijos, tal vez era por eso que Horacio podía ocuparse tan bien de su padre; un viudo de noventa años que se había quedado en su casa sin necesidad de ir a una de esas residencias que cuestan un ojo de la cara y dejan a los viejos aparcados como ganado, era algo que daba gusto de ver en estos tiempos.

Horacio y Gordana, Gordana y Horacio, es una música, como un canto a causa de las vocales, Horacio casi suavizaría Gordana que ruge menos. Más tarde pensé en ello, hice mis cálculos, Isabelle la calle Focillon Laurent y los chicos pequeños, eso pasó hace exactamente veinticinco años, las mellizas acaban de cumplir los veinticinco, yo tenía casi treinta y nueve, Isabelle treinta, y en la calle Focillon habría podido cruzarme con un Horacio de veinte o veintiún años que cuidaba de su madre. Yo nunca cuidé de mi madre, ella siempre me decía yo me iré rápido como una bala y tuvo razón. Mi padre se la encontró cuando volvía del huerto con las últimas judías, últimas de verdad, solo un puñado para ponerlas en ensalada para ellos dos, nadie más, por teléfono me había dado detalles sobre aquellas judías de septiembre; mi madre parecía estar durmiendo, con la cabeza inclinada a un lado, los médicos hablaron de una ruptura de aneurisma; era la tarde del martes 11 de septiembre de 2001, a las catorce treinta, mi padre se acordaba de que sonó la media en el reloj de péndulo, el del pasillo, justo cuando él entraba en la cocina; mi madre nunca supo lo del atentado, las torres, los tres mil doscientos catorce muertos, no vio aquellas imágenes, gente que se tiraba desde el piso ciento veintidós, habría estado comentándolo durante días, siempre le había interesado mucho la actualidad, las noticias, habría rezado por todos aquellos muertos de

América, los habría llamado así, los muertos de América. Estaba sentada a la mesa de la cocina, con las gafas sobre la nariz y *La Montagne* abierto delante de ella por la página de los crucigramas, con el periódico extendido sobre el hule impecable, con el lápiz bien afilado a la derecha y la goma blanca a la izquierda; se habían puesto a hacer crucigramas al jubilarse, después de cerrar la tienda, empezaba ella sola, a lápiz, llamaba a eso despejar la cuadrícula, terminaban juntos con un bolígrafo azul, sin el diccionario, que tan solo abrían como ultimísimo recurso, después de numerosos aplazamientos, necesitar el diccionario era una derrota; buscaban juntos, probaban soluciones, borraban y volvían a empezar, no discutían, y jamás por los crucigramas, decían que los disfrutaban, estaban de acuerdo, sentados uno junto al otro, con la cocina detrás y frente a una ventana que no daba a nada. Al cerrar la tienda, vendieron el edificio entero, con la tienda, la vivienda contigua, el almacén, el patio de cemento e incluso los dos grandes garajes, todo se vendió en bloque y a un precio decente, mientras que algunas casas muy bonitas del pueblo, con jardín y dependencias, permanecían cerradas durante años y se deterioraban sin encontrar comprador. Una pareja de parisinos compró la tienda y todo, escritores, con tres hijos adolescentes, la mujer era muy famosa, había ganado premios, en Francia y en todo el mundo, salía en la televisión, también escribía teatro, poesía, de todo, era alta y guapa como una actriz, tenía un apellido sueco, el marido era negro y la gente de la comarca los llamaba los suecos. Con frecuencia llegaban coches procedentes de París; los tres hijos estaban internos en Nevers, pero volvían a casa el miércoles por la tarde y cada fin de semana, mi madre jamás usó la palabra *week-end*. Era una familia muy unida, mi madre decía que vivían en régimen de autarquía, no tenían necesidad de los demás, no se mezclaban con la gente pero se notaba que el almacén estaba habitado, la luz permanecía encendida hasta tarde en la gran habitación de arriba que fue el dormitorio de mis hermanos, quizá trabajaban de noche, tal vez la noche es mejor para escribir, no te molesta nadie, quién sabe con los escritores, que eran también artistas. Mi madre seguía hablando de la tienda para designar todo el edificio, y precisaba que los nuevos propietarios habían conservado el

rótulo que databa del tiempo de los abuelos, À la Providence - Maison Santoire & Fils.

Gordana sabe que yo lo he visto, y que por lo tanto lo hemos visto nosotros, el hombre de los viernes y yo. Hay en ella algo del vencido, ha sido humillada, casi nos echaría la culpa, ella preferiría que no pasáramos más por su caja, pero no puede decírnoslo, no tiene manera de elegir a sus clientes. Preferiría clientes nuevos, vírgenes, clientes intactos que no hubieran visto nada, que no supieran nada, no podrían sentir piedad, no tendrían ningún poder sobre ella, clientes transparentes y pasmados al otro lado de la muralla lechosa de sus pechos. Ha cambiado de caja, ahora está en la ocho, es la última, al final de la fila, la peor situada, frente a la puerta corredera en plena corriente de aire, pero la más alejada de los armarios con cristal cerrados con llave donde se guardan los licores y las pilas eléctricas. Ha querido reducir al mínimo los riesgos de recaída, ha tenido que negociar con firmeza, las corrientes de aire a cambio del derecho a no tener que moverse delante de la clientela, salvo en caso de fuerza mayor, porque el cliente es el rey y no se puede prever todo. Gordana tiene orgullo y rabia, eso se lo hacen pagar, no se lleva nada bien con las demás, que se parecen todas, parecen proceder todas del mismo lugar del mundo, ni África negra, ni el Magreb, ni Asia, yo diría Indonesia, o India, o Filipinas; son menudas y vivaces, llevan minúsculos pendientes muy dorados que rutilan sobre el lóbulo carnoso y ligeramente abombado de sus orejas bien pegadas, tienen los mismos dientes relucientes dentro de sus bocas rosadas y carnosas, las mismas pieles oscuras y lisas, manos pequeñas y pies pequeños, llevan el pelo largo, flexible, de un negro opaco y brillante, con trenzas las más jóvenes o enrollado en la nuca en moños razonables las de más edad, tienen los ojos grandes y brillantes y negros, sus ojos sonríen y sonríen sus bocas, no se capta su mirada siempre en movimiento, a veces se las oye reír, no se entiende lo que dicen entre ellas, de una caja a otra, en una lengua lábil, rápida, sonora y eficaz, en francés pronuncian con cuidado las fórmulas aprendidas y necesarias, su acento es impenetrable, ni musical ni rugoso, llevan las blusas cerradas, están muy disponibles para la clientela, se

desviven, mi padre habría dicho eso, esas mujeres se desviven, ayudan, se inclinan, se dan la vuelta en el asiento, giran, se aplican, y Gordana está en medio de ellas como un gran cuerpo blanco, amarillo, rasposo, rígido y extranjero.

Ayer murió mi vecina del cuarto. Hay períodos así, en que las placas tectónicas de nuestras vidas se ponen en movimiento, en que las costuras de los días se rompen, en que lo ordinario se sale de madre; después el decorado se recompone y seguimos; es más o menos grave, a veces se habla de ello en la televisión, en la radio, en los periódicos, o bien no sale del círculo familiar, de los amigos y los vecinos; la cosa sobreviene, ocurre, entra en la jaula del tiempo para no salir jamás; nada podrá hacer que no haya existido, que *madame* Jaladis no haya muerto, que Gordana no sea coja, que mi madre no desertara con elegancia el día de los atentados del 11 de septiembre, que Karim no regresara de Argelia; es la muerte, la enfermedad, la pérdida, la traición, la ausencia que empieza para siempre o para mucho tiempo, no sabemos, plantamos cara, esperamos y las cosas se arreglan más o menos, nos hacemos viejos, perduramos. *Madame* Jaladis tenía noventa y tres años, treinta años exactamente más que yo, y un hijo que había criado ella sola en este piso donde ha vivido durante setenta años; *madame* Jaladis era viuda y hablando de su hijo repetía que era buen hijo buen padre y buen marido, en este orden; ella, hasta su muerte, hizo las camisas de aquel hijo prodigioso, no lo decía jamás de otro modo, hacer las camisas, el hijo tenía dos juegos de seis, todas blancas y de hermosa hechura; cuando no estaba de viaje de negocios, el hijo venía cada mañana a pasar tres cuartos de hora con su madre, entre las siete y media y las ocho y cuarto, el intercambio de camisas tenía lugar después del café, se ponía la del día, fresca, inmaculada, y elegía con cuidado los gemelos cuyos estuches cuadrados, gris perla, se alineaban sobre el mármol rosa de una cómoda tripuda; la camisa esperaba al hijo, colgada en una percha bajo una funda de estameña en el saloncito que había sido la habitación del joven cuando era niño. A *madame* Jaladis le gustaba decir que Jean-Jacques se surtía en un excelente camisero, cerca de su oficina, en el hermoso distrito

XVII, el adjetivo hermoso se redondeaba en su boca, repetía que lo barato sale caro, *madame* Santoire. Le gustaba pronunciar mi nombre, y lo dejaba flotar en el aire más de lo razonable, porque era también el nombre de un bonito río truchero de su tierra natal, me lo explicó en cuanto nos conocimos, cuando llegué al edificio en julio de 1990; más tarde me aseguraría con fruición e insistencia que mi familia sin duda tenía raíces en el Cantal, por fuerza, de ahí que nos lleváramos tan bien como vecinas. *Madame* Jaladis fue madre a los veintiséis años, después de tres años de matrimonio, enviudó a los treinta y tres, y parecía guardar rencor a aquel marido efímero, empleado de banca como ella, enfermo del corazón y parisino, por haber abandonado su puesto tan pronto. El puntual Jean-Jacques, huérfano de sus camisas y sus mañanas, me ha dejado en el buzón una carta emocionada, el funeral de su madre se celebrará en el Cantal, donde están enterrados los suyos, donde ella nació y pasó su juventud, está seguro de que yo estaré presente en pensamiento y no sabe cómo agradecerme la calidad, escribe esta palabra, de mi presencia junto a su madre desde hace ya más de veinte años.

No logro domesticar el nombre del hombre oscuro, es demasiado colorido, demasiado solar, es un nombre de verano, de estaciones claras, de atardeceres rubios, un nombre para bailar. Horacio Fortunato debió de bailar como quien respira, todo le parecería bien, el vals, el tango, la java y demás caprichos de salón, danzas folclóricas, *rock* más o menos acrobático, *jerk*, salsa, *beguine*; frecuentaría feliz y asiduo una asociación de su barrio dedicada a la práctica de los bailes de salón, suscitando admiración unánime entre las señoras y un despecho teñido de envidia entre los señores. El hombre oscuro no baila; su nuca, sus manos, su espalda no bailan; él no acaricia ni es acariciado; él suda alta soledad. En la farmacia apenas oí su voz, cubierta por las palabras y las frases de la señora bajita y de la farmacéutica; la imagino afelpada, aterciopelada, sorda y a veces ronca. La voz del hombre oscuro sería ronca si tuviera que responder a Gordana, que le preguntaría, tiene usted la tarjeta Franprix, señor, o no tiene cambio, señor, cincuenta céntimos o cinco euros con eso me arreglaría, o no

ha pesado la fruta, señor, vaya a pesarla, mientras tanto le aparto sus cosas; él necesitaría concentrarse para extraer su voz y responder a Gordana, ella lo miraría a los ojos para hablar, por fin hablarle, no tendría ya nada que ocultar, porque él a pesar de todo había vuelto, ya el viernes siguiente, para pasar por caja con ella un poco antes de las once; ella habría pensado en él toda la semana, habría pensado que el hombre habría cambiado de sucursal, que se habría ido a la calle Sibuet o a la avenida Docteur-Arnold-Netter; se habría fijado en el hombre oscuro desde el principio, antes que yo, habría destacado sus manos cuidadas, su nuca, su asiduidad, el poderío de su cuerpo contenido y su violenta devoción. Gordana es joven, hay en ella algo orgánico que acecha en silencio a los machos, está acostumbrada a la mirada de los hombres antes y después, antes del zapato ortopédico y después del zapato ortopédico, ella ya sabe cómo ocurre la cosa, cómo tienen miedo, cómo tienen piedad, cómo piensan que en posición horizontal no resulta molesto y que ser tan coja debe de hacerla más acomodaticia por más que siempre tiene ese aire de mala sombra, las cojas son calientes, es cosa sabida, unas tetas así no se ven todos los días y con eso te olvidas de lo demás.

Gordana habría tenido miedo de que el niño naciera como ella, así, ortopédico, paralítico, minusválido, malformado, contrahecho, tarado, con una pata coja, un pie inacabado hinchado imposible de mirar un pie de animal una pezuña rosa. Habría querido no quedarse el niño, sobre todo si era como ella, pero se había dado cuenta demasiado tarde de que estaba embarazada, tardísimo, no se le había notado hasta el sexto mes, el niño estaba muy bien agarrado, no conocían a ningún médico que hubiese podido arreglar las cosas, y era demasiado caro, no conocían nada, dejaban pasar, Gordana dejó pasar. Tenía dieciocho años, vivía a lo bruto, se lanzaba sobre cualquier cosa, lo único que quería era irse, habría hecho cualquier cosa para irse, y el padre de la criatura, un tipo de cuarenta años, casado, le había prometido ayudarla, pero después desapareció, ella sabía más o menos dónde estaba, le daba igual, tenía varios hijos con toda clase de mujeres además de la suya, Gordana ni siquiera estaba segura de que fuera

él el padre, dudaba entre este y otro más joven que ahora vivía en Brasil, o en Argentina o en Colombia, confundía esos países. Estaba segurísima, con toda certeza, de que sería una niña, ella esperaba una niña, tenía una hija en el vientre, en la maleta, en el cajón, una hembra como ella, como su madre sus abuelas sus hermanas sus tías sus primas, una cagona, una rajada con tetas, una cojitranca, una muñeca paticorta. En su tribu no había hombres, solo su hermano, los padres se iban todos o se morían pronto, de beber o de otra cosa. Habría tenido diecinueve años al nacimiento de su hijo, habría quedado embelesada, lo habría amamantado, se decía de ella que era muy maternal, que era muy buena madre, la gente se extrañaba, se alegraban pero pensaban que le resultaría difícil separarse del niño para ir a trabajar a Francia o a cualquier otra parte cuando llegara el momento. Cuando alguien se iba no se llevaba a sus hijos, si tenía la suerte de marcharse, los hijos se quedaban. Cuando podía quedarse sola con él, sin su madre ni su hermana o alguna de las mujeres de la familia que vivían en la casa o pasaban por ella, Gordana miraba los pies perfectos del niño dormido, los tocaba, los acariciaba con la punta de sus dedos largos, contaba y volvía a contar los deditos pero no jugaba a comérselos o a morderlos, tampoco los besaba como había visto hacer a otras mujeres. Ella nunca.

A veces me siento en las iglesias para pensar en mi madre; casi le hablaría. Yo no creo en nada, estamos solos y nadie vendrá a socorrernos, pero me gustan las iglesias lánguidas en lo más hondo de la tarde. No hablo de catedrales orgullosas ni de basílicas en una colina, ni de la Madeleine ni de Saint-Germain-des-Prés, ni de Saint-Étienne-du-Mont ni de Saint-Sulpice, hablo de iglesias sin atributos, iglesias de entre semana, amodorradas, apenas rozadas de catequesis por señoras de buena voluntad patrulladas de lejos por un cura todavía joven, expeditivo y sonriente. Incluso en las ciudades, incluso en París, a la hora de la merienda, el trepidar ordinario refluye hacia el vientre de las modestas iglesias de barrio; allí la temperatura es más o menos constante, la luz también, allí el tiempo se olvida, se mecen sin ruido penas irremediables, nadie pregunta nada a nadie, el confesionario está vacío, las arañas van a sus labores, huele a

polvo frío, huele a gris, todo es bastante feo, allí nadie te molesta ni te empuja. Abro las grandes puertas acolchadas, sorprendo silencios, olisqueo mudos fervores que me están prohibidos, me congreso. La primera vez fue el 3 de octubre de 2001, miércoles, el día del cumpleaños de mi madre, no llegaría a cumplir los ochenta y tres, no la llamaría por teléfono hacia las doce y media del mediodía, la hora que antes era la de cerrar la tienda, ella no me diría que era muy amable al ayudarla a encajar otro año más; añadía, lo de encajar ha sido lo mío toda la vida y que sea por muchos años. Me faltaba algo, había perdido algo. Al salir de la oficina, sin pensarlo, no tomé el metro en Pasteur, fui andando hacia el sur en el crepúsculo diáfano de la ciudad estridente, el aire era suave, es lo que llaman el verano indio, y esta expresión siempre me hace pensar en una canción de Joe Dassin que me sabía de memoria. Me encontré en la glorieta de Alésia y entré en la iglesia de Saint-Pierre-de-Montrouge cuyo nombre conozco porque viví en ese barrio los dieciocho años que pasé con Karim. No me senté, encendí cuatro cirios, uno para mi padre, uno para cada uno de mis hermanos y sus tribus, metí un billete de diez euros en el cepillo y lloré por primera vez desde el entierro.

Horacio Fortunato es un hombre que sigue. Sabe lo de Gordana, sabe lo que ocultan sus pechos gloriosos, sabe de aquella desgracia salvaje y él sigue; no falta ni un viernes a la caja ocho, con la nuca testaruda y la mano ofrecida, lista para recibir el cambio que Gordana deposita en el cuenco de plástico. Mi padre tenía una palabra para eso: arrutinarse; él se había arrutinado en la tienda de sus padres, a la muerte de su padre en 1932, se puso al frente del negocio, su madre no tenía salud y no podía llevarlo sola, sobre todo a causa de las rondas, tendría que haber pagado a alguien y el negocio no habría sido rentable con un sueldo cada mes para un empleado. Después de la mili mi padre tenía veinticuatro años, había encontrado un buen empleo en un garaje de Nevers donde ya trabajaba Georges Demy, su mejor amigo del regimiento; el jefe también confiaba en él, a él lo apasionaba la mecánica, Georges y él habrían podido encargarse del negocio, el jefe no tenía herederos y quería retirarse, Georges, que tenía

talento para los negocios, se habría encargado de las ventas, y mi padre de la mecánica. Pero las cosas ocurrieron de otra manera, su madre lo necesitaba y él conocía el oficio del comercio de pueblo que había practicado junto a sus padres antes de irse a la mili; era hijo único, regresó, se quedó y se arrutinó en Saint-Hilaire. Nunca he oído a nadie más usar esta palabra, pero pienso en ella a menudo, aplicada a mí aquí en París después de que se fuera Karim, y en otras circunstancias. Yo creo que mi padre lo decía sin violencia y sin amargura; hay dulzura en las rutinas que ayudan a pasar el tiempo, las penas y la vida; los gestos de la mañana, por ejemplo, los primeros al saltar de la cama, la radio en sordina el cinturón de la bata el anillo azul del gas bajo el cazo el acolchado gastado de las zapatillas el pelo que desenredas con los dedos, los gestos de la mañana te meten en los días, ordenan el mundo, te faltan si alguna cosa los impide, quedamos molestos, y son más difíciles de compartir que todos los demás. Yo no sé si Horacio Fortunato ha compartido alguna vez sus gestos mañaneros con alguien; podría ser que viviera con su padre, pero ahora no vive con él, viene cada viernes, está de vigía, cercano y lejano a la vez, él espera, continúa, aguanta y espera.

Mis tres hermanos han tenido siete hijos varones; el apellido Santoire está esparcido, salvado, multiplicado. Mis sobrinos ahora ya son hombres, llevan bonitos nombres, nombres de apóstoles, de evangelistas, o de monumentos a los muertos, Pierre, Louis, Paul, Jean, Luc, Mathieu y Thomas. Todos tienen más de treinta años, viven en Lyon, en Grenoble, en Burdeos, en Marsella y en Clermont-Ferrand, no les gusta París, dicen que en París todo es complicado, todo es caro, todo está lejos, hay que hacer cola para comprar el pan o para sacar dinero, los parisinos se quedan dormidos en el metro y viven como locos o como hormigas; esta comparación con las hormigas les hace reír mucho porque Pierre, el mayor de los primos, al que llaman el gran manitú, es un especialista en hormigas reconocido en el mundo entero. Desde hace unos años y por iniciativa de Pierre y su compañera Bénédicte, farmacéutica, amazona emérita y madre de familia numerosa, rubia y radiante, todos se reúnen durante tres o cuatro

días por la Ascensión en una gran casa alquilada a tal efecto en la campiña borbonesa; esos encuentros fueron bautizados con el feo nombre de primada y los antepasados están invitados a participar en ella. Yo paso por allí, me presto a ello durante una noche y al día siguiente, todos me abrazan con abundancia, se preocupan por mi salud, me encuentran rejuvenecida, me presentan a unos bebés de ojos lechosos, una Louise, una Irène, un Ulysse, me agradecen los regalos de nacimiento siempre tan bien escogidos, porque las personas que no han tenido hijos, a veces, ya se sabe, en fin a veces meten la pata, compran ropa que ya les queda pequeña o cosas que no resultan prácticas, o que no corresponden a la estación teniendo en cuenta la edad del bebé. Mis sobrinos cambian pañales y dan biberones cuando sus esposas o compañeras no dan el pecho, mis cuñadas cuidan de los niños bajo la mirada más o menos amable de sus nueras, mis hermanos se atarean en la barbacoa y juegan interminablemente al Scrabble, a la petanca o a la belote o al tresillo según el momento del día y los caprichos del clima. Forman una tribu, están juntos, todavía nadie se ha divorciado, nadie es homosexual, Mathieu, Paul y Valérie, la mujer de Louis, ya han estado en el paro pero han vuelto a encontrar trabajo, y además en su especialidad, así que se consideran afortunados, muy afortunados, mimados por la vida, han tenido suerte. Supongo que a los neófitos y otras piezas agregadas, o valores añadidos, es la fórmula de Bénédicte, siempre la misma, mis sobrinos o mis cuñadas les debieron de contar que yo nunca me recuperé del todo de una terrible decepción sentimental; Jeanne será ya para siempre mujer de un solo hombre, pero es fuerte, sabe aguantar y organizarse la vida. A la muerte de mi padre me sentí vaciada para siempre, dejé de estar envuelta por una familia.

Se equivocan cuando dicen que soy mujer de un solo hombre, oigo como la expresión se redondea en la boca de Pierre bajo la mirada enternecida de Bénédicte, mujer de un solo hombre, aliñado con latín, podría convertirse en el nombre científico de una especie rara de hormiga de las cumbres, *Formica alta santoirina*, cuyos ritos nupciales habrían tenido en vilo a la comunidad científica internacional en las últimas décadas. Se equivocan, no

pueden saber lo de Lionel, fue justo después de mi llegada a París y Lionel quería a toda costa que fuéramos lo más discretos posible hasta que yo estuviera segura de mis sentimientos, empleaba este giro un poco en desuso ya en 1966, y él notaba que yo no lo estaba, no estaba segura de mis sentimientos, todavía no. Él estaba seguro de los suyos, segurísimo, lo tenía todo planeado, me conocía de toda la vida, me había visto nacer y crecer, tenía casi catorce años más que yo y veintiséis menos que su tío, Georges Demy, el amigo del regimiento a quien mi padre había dejado de lado para enterrarse en su tienda en el quinto pino, y a los dieciocho años yo pensaba que tenía razón. Georges Demy y mi padre siguieron muy unidos, los Demy venían cada año, el 15 de agosto, era su día; la tienda y el garaje estaban cerrados, se hablaba de ello y se pensaba en ello mucho tiempo antes y mucho tiempo después, el menú era enorme e inmutable, melón con oporto, melón nuestro y oporto de los Demy, terrina de pescado de Suzanne Demy que era hija de marinero exiliado en el interior y sabía de qué iba la cosa, chuleta de buey a la barbacoa, el triunfo de mi padre, judías verdes de nuestro huerto, quesos de los Demy, ensalada de los Santoire y dúo de postres, dicho de otro modo el doble Suzanne, pues mi madre y la señora Demy compartían ese mismo nombre vivaz y flamante, tejas de almendra de una y huevos a la nieve de la otra. Llegaban sobre las diez; no llegaban, desembarcaban, en un coche distinto cada año y cada año más rutilante, potente, admirable y admirado. Se iban por la noche. Mi padre acariciaba el vehículo con mano cariñosa, los hombres se hundían en consideraciones mecánicas mientras las mujeres se esforzaban en la cocina. El día de los Demy es un día de sol en mi memoria, cada año el 15 de agosto en el gran torpor de los veranos vacíos pienso en ellos; se reían, nos reíamos, no recuerdo de qué, yo no me enteraba de todo, los Demy eran alegres. Siempre los conocí, siempre formaron parte de mi paisaje, yo era la niña, me llamaban así, Suzanne Demy elegía para mí en una tienda muy buena de Nevers un vestido perfecto que yo lucía inmediatamente y que sería mi mejor gala durante el año siguiente. Los estoy viendo a los tres en el entierro de la abuela Lucie, en marzo, el año de la reválida; para mi madre y para mi padre Lionel estaba solo; Georges y Suzanne nunca pudieron tener hijos, era su herida de cada día, Lionel fue a vivir con ellos cuando sus

padres, la vigilia de su cuarto aniversario, tuvieron la desgracia de aplastarse contra un camión que circulaba en dirección contraria por la carretera nacional recientemente ensanchada a la salida de Nevers en dirección a París. Criaron a Lionel que les tenía una devoción absoluta y no quería decepcionarlos haciendo tonterías conmigo; sobre todo conmigo; a Georges y a Suzanne, Lionel los llamaba por su nombre, habrían estado tan contentos, les habría gustado tanto, a sus ojos yo solo tenía un defecto, del que no era responsable, mi nombre, mi nombre de abuelita. Mi primera vez fue con Lionel, en mi habitación de estudiante en París; él era más bien guapo y muy dulce, yo lo encontraba un poco mayor pero no me daba miedo. Venía de Nevers cada semana por razones oficialmente profesionales, sus negocios iban creciendo, tenía proveedores en la región de París; la contabilidad del garaje solo me esperaba a mí, en Nevers solo me esperaban a mí, me esperaban demasiado, por más que no sabían nada. Lionel tenía una amiga en París, la gente se alegraba de que por fin saliera con chicas, lo acuciaban para que presentara a la elegida. Finalmente, el 31 de marzo de 1967, conocí a Karim.

He visto a Gordana en el metro, en la línea 6, dirección Charles de Gaulle-Étoile; yo había subido en Bel-Air, en el vagón de cabeza, eran poco más de las siete de la tarde e iba al cine, bajaría en Raspail y seguiría a pie hasta el bulevar Montparnasse, como hago siempre. Me senté y la vi, primero reconocí el amarillo de su cabello, su melena tozuda, la cabeza muy inclinada, como hundida en un libro delgado de cubierta dura y acartonada; era ella, sin la blusa, con sus pechos formidables embalados en una cazadora de cuero fuerte, con cuello alto y cremallera, una cazadora verde oscuro, brillante, sin fiorituras de ningún tipo, una gran cazadora de hombre, curiosamente cerrada, encadenada hasta arriba. Se veía su piel blanquísima, sus pómulos altos, y bajo la punta de su barbilla, el anillo plano de la cremallera. Leía vorazmente, pasaba las páginas con una especie de brutalidad, con la mano izquierda de uñas rosas que apenas asomaban de las mangas demasiado largas de la cazadora; sin duda es zurda, y en la tienda tendrá que contrariarse, así lo decíamos cuando aprendí a escribir en

la escuela primaria, contrariar a los zurdos, mi abuela Lucie era zurda y la habían contrariado, me repetía riendo, no te dejes contrariar, pajarita mía, no te dejes dominar. El equipamiento de la caja del Franprix debe de estar concebido para los diestros y Gordana se ha adaptado; me sentí casi ofendida por no haberme dado cuenta antes, yo que creía estar en todo. Desde el asiento abatible donde yo estaba sentada, veía que el título del libro que leía Gordana no estaba escrito en francés, los colores chillones estallaban en la cubierta, azul, verde, amarillo, los caracteres en naranja que se destacaban sobre el fondo blanco podrían ser ruso o algo así, lamenté no saber lo suficiente sobre los alfabetos de todas las lenguas de los antiguos países del Este. Encima de lo que debía de ser el título, desde mi asiento, distinguía claramente un sombrero de paja adornado con una gran flor de girasol y como colocado en equilibrio sobre una barrera de madera marrón. Si Gordana hubiera salido antes que yo, creo que la habría seguido, aun a riesgo de que me reconociera, me habría perdido la sesión de cine. Bajé en Raspail, como tenía previsto, con el corazón latiendo y las manos un poco húmedas.

Isabelle habría querido que rehiciera mi vida. Ella nunca habría empleado ese giro resobado que mi madre usaba muchas veces con una ternura tenaz, emocionante y atareada, las preguntas y las órdenes no formaban parte de sus maneras. Recuerdo una tarde de verano, estábamos las dos en la cocina, el año de mis cincuenta años; amenazaba tormenta, se estaba preparando desde el mediodía, no estallaba, el patio inundado de luz mojada se abría a mi espalda, mi madre estaba frente a mí, estábamos clasificando y separando papeles del año anterior, aquello era mi tarea de verano y así mis padres tenían la seguridad de mantener sus archivos en perfecto orden. A mí me gustaban aquel trabajo y aquellos momentos propicios a la palabra; a la palabra o a las declaraciones más que a la conversación, nosotras no conversábamos propiamente, lo que se decía no era tanto para discutir como para oír. La voz de mi madre había ascendido en el aire cálido, no me miraba y parecía estar hablando consigo misma, ya verás, a partir de los cincuenta tenemos necesidad de apoyo, los amigos están bien pero no es lo

mismo y cuando te haces vieja los vínculos se aflojan, nosotros con los Demy éramos muy íntimos y estuvimos muy unidos entre nosotros y ahora nos encontramos en los entierros y casi nada más, tu padre y yo nos iríamos más tranquilos si supiéramos que tienes a alguien, que has rehecho tu vida. Isabelle no decía nada, no anunció nada, pero, discreta y espabilada, se las había arreglado en varias ocasiones para que conociera en su casa, en Verrières, a su hermano mayor y predilecto, o a un primo de Laurent, o a un vecino dentista muy aficionado a la jardinería, todos ellos provisionalmente solos, peligrosamente cerca de los cincuenta, a consecuencia de un divorcio o una viudedad. El primo de Laurent, Philippe, enseñaba informática en la universidad Paris-Est de Marne-la-Vallée, después de pasar casi treinta años en Tel Aviv donde vivían sus hijos; con los ojos azules y el cuerpo trabajado por la antigua práctica del maratón, tenía la palabra escasa y densa, así como sólidos argumentos. Durante cerca de tres años, encontré con él la connivencia de los wésterns del domingo por la tarde en el Champo o el Grand Action; nos esforzamos, fuimos buenos compañeros, hicimos los gestos que visten la vida ordinaria pero teníamos nuestros fantasmas familiares. Yo no olvidaba a Karim y Philippe conservaba en su habitación las cenizas de su mujer, machacada, él solo utilizaba esta palabra, a los cuarenta y siete años por un cáncer fulminante. Habría podido convertirse en un amigo sólido y valioso, probablemente, si no hubiese optado, casi a los sesenta años, por irse a vivir y a trabajar a Tasmania, de donde recibo cada año felicitaciones rituales cada vez más lejanas, aunque manuscritas.

En septiembre de 1985 Karim no regresó de Argelia. No me telefoneó, no me escribió, no me comunicó nada, no regresó, eso es todo; empezó el silencio, empezó la ausencia, su silencio, su ausencia; yo aguanté y durante unos cuantos años infraviví justo a ras de los gestos y las cosas, apenas en la superficie, apenas con la cabeza fuera del agua. Karim tenía cinco años más que yo, había nacido en Argelia, pasó la infancia entre Lyon y Orán al ritmo de unas tribulaciones familiares de las que jamás hablaba, no tenía ningún recuerdo de su padre, que ya era viejo cuando él nació, yo le suponía, al menos por ese lado, hermanastros y hermanastras mucho

mayores que él, pero comprendí que lo mejor era no hacer preguntas. Decía que las penas antiguas hay que dejarlas dormir y yo estaba de acuerdo con él. Estábamos de acuerdo en lo fundamental, no discutíamos jamás, muchas veces nos llamamos juntos y yo tenía plena confianza en él. Conocí bien a su madre, venía a Francia un año de cada dos durante tres semanas en el mes de julio y al año siguiente Karim iba a pasar una semana en casa de ella en Orán; él no decía en su casa, decía a su lado, como si estuviera enferma. No podía atribuírsele ninguna edad, podía tener cuarenta y cinco años o sesenta y tres, nunca se lo pregunté, habría podido ser mi madre o mi abuela. Había vivido en Lyon y en Grenoble de manera intermitente, pero hablaba un francés rudimentario y rugoso, poco propicio a las confidencias. No me molestaba, aunque dormía en el sofá del salón, se adaptaba a nuestro ritmo y cocinaba de maravilla; nos tomábamos una semana de vacaciones e íbamos a visitar castillos, Versalles, Vaux-le-Vicomte, Fontainebleau, Chambord, Azay-le-Rideau; íbamos a pasar el día con un pícnic suntuoso, a ella le gustaba viajar en coche, las fachadas orgullosas, las escalinatas monumentales, la ebanistería trabajada, los dorados, las habitaciones principescas tapizadas de sedas engalanadas, las altas ventanas adornadas con contraventanas interiores, los parques en espiga y hasta los cordones de pasamanería color burdeos que contenían a la marea de visitantes; los jardines la aburrían y los bosques de la Île-de-France también, decía que era demasiado verde. Después de aquella semana los dejaba solos y yo me iba a pasar diez días con mis padres; era sencillo, las cosas se habían arreglado así, sin negociaciones ociosas. Me gustaba su manera de abrazarme al llegar, al partir; olía a limón, a menta, quizá a heno seco, en todo caso un aroma de hierba; vestía a la europea, no rezaba, pero no bebía alcohol ni comía cerdo. Karim no cambiaba sus costumbres cuando estaba ella. Ahora mismo todavía me pregunto si aquella mujer era realmente su madre.

Horacio Fortunato tiene las sienes plateadas, claramente más la izquierda que la derecha. Hoy lo he visto y me he cruzado con él dos veces en el supermercado antes de pasar por la caja ocho detrás de él, hacía las compras más importantes y había cogido un carrito a la entrada del establecimiento.

Se inclinaba sobre los productos de limpieza, leía las etiquetas del dorso de los frascos, sin gafas, y he pensado que su perfil izquierdo era dulce, casi tierno. Cuando cogía los productos con la mano, parecía que los acariciara, que los envolviera, era casi incoherente; habríase dicho una ceremonia, de pequeño debió de ayudar a misa, quizás en Saint-Pierre-de-Montrouge que es justamente la iglesia más cercana a la calle Focillon; era fácil imaginarlo en sobrepelliz, con el pelo oscuro muy tupido impecablemente cortado en la nuca, las orejas y la frente, los pies calzados con zapatos marrones embetunados por su madre que también le debió de enseñar los gestos porque un hombre debe saber ocuparse de sus cosas; zapatos marrones, no negros, el negro es de luto y llama a la muerte, es demasiado serio para un niño o un joven, el marrón queda mejor y va bien con todo; los zapatos apenas asomarían, él siempre fue bajo, más bajo que los demás, pero macizo, recio, vivaz y fornido, y nunca estuvo enfermo, ninguna de esas enfermedades infantiles que preocupan a los padres, las madres se pasan las noches los padres no saben qué hacer, ni la escarlatina ni el sarampión ni apendicitis, nunca anginas ni otitis, jamás resfriado o fiebre en el momento de ir al colegio, siempre en forma Horacio, y dispuesto; acaso no del todo contento, en realidad nadie habría podido decir si estaba contento porque no hablaba mucho y sonreía con demasiada formalidad para que uno pudiera hacerse una idea cabal. La maestra de segundo de primaria, que se ocupaba mucho de los niños, escribió en el informe de fin de curso que era reservado y esta palabra le convenía, reservado pero no blando, ni lento, ni dormido, ni perezoso, ni distraído, ni atolondrado, ni nenaza, cuando yo era pequeña llamábamos nenaza a los niños delicados que siempre hacían remilgos o andaban quejándose, no era precisamente un cumplido, sobre todo para los chicos. Me imagino muy bien a Horacio Fortunato como monaguillo, impecable, pero no del todo convencido; solo los chicos pueden ayudar a misa, las niñas no pueden, en todo caso no podían en mi infancia, ni, supongo, en la de Horacio Fortunato, aunque él es mucho más joven que yo. La abuela Lucie, que era devota, se indignaba y pensaba que yo habría estado perfecta con la sobrepelliz, no me habría visto pero habría soñado conmigo. Todavía estaba entre nosotros cuando hice la comunión solemne y me acuerdo de sus manos ligeras sobre el pequeño cuello alto del alba, que

le encantaba, sobre los pliegues planos, cuatro pliegues planos dos sobre el pecho y dos en la espalda, sobre el nudo del cordón flexible y sedoso, sobre las amplias dobleces de las mangas; exigió que compráramos aquella alba con su dinero, no hubo manera de hacerla desistir, para mí no alquilarían el alba como hacía siempre todo el mundo, salvo en ciertas familias acomodadas, que la gente pensara o dijera lo que quisiera. Cuando murió, mi madre y yo colocamos aquella alba sobre ella, con el cordón; cruzamos, ella y yo, las manos de la abuela Lucie sobre el alba que mi madre había lavado varias veces para eliminar las huellas amarillas de los pliegues.

Yo podría ser la madre de Horacio Fortunato. De Gordana todavía más, pero no me veo como madre de Gordana en los suburbios de Cracovia, Sofía, Bratislava o Brno; no me veo cargando a esa niña impedida, muy pronto aislada, aunque rubia y rosa, que debió de ser Gordana. La infancia de los otros es un reino lejano, no tenemos acceso a él, se esquivo se escapa. No me imagino los primeros zapatos de Gordana, el zapatero del pueblo debió de improvisar con un retazo de cuero oscuro una zapatilla alta elástica y envolvente, un objeto que tenía algo de saco, de funda, de estuche; debieron de hacer pruebas, tendrían miedo de lastimar la carne, pero había que inventar una solución, la niña trotaba, galopaba, se arrastraba cuando no podía hacer otra cosa, se propulsaba; costaba encontrar un nombre para designar eso, nadie lo decía, no se hablaba de ello y nadie se acababa de acostumbrar a verla, incluso la miraban lo menos posible desde que empezó a andar, a querer jugar con los demás niños en el patio, hermanos hermanas primos vecinos, era vivaz incluso algo salvaje, habría sido bonita, no era alegre y se mostraba tenaz incluso en el juego, no le habría costado mucho pelearse, ya no quería de ninguna manera que la llevaran en el cochecito que sin embargo resultaba muy práctico, se ponía a gritar en cuanto lo veía y había que ceder, de tan dura y difícil que era, también la compadecían; ella hablaba poco, no lloraba, lo entendía todo. Saldría del círculo familiar y del barrio, iría a la escuela, no podían dejarla con su pie arado con cordel dentro de un manguito marrón de lana gruesa sólidamente sujeto mediante una goma elástica que no impedía la circulación, la abuela tuvo aquella idea

porque en su juventud todavía llevaba medias sujetas de aquella manera y también porque hacía conservas vegetales en unos tarros cerrados con aquel tipo de gomas naranja, anchos y planos. Se suponía más o menos que en el extranjero debían de existir médicos, servicios especializados, tal vez la podrían operar; a través de la hermana de la vecina, que era auxiliar de enfermería, habían oído hablar vagamente de un muchacho que había mejorado mucho, pero no se curó, eso no se cura, sobre todo si los tratamientos se empiezan a dar demasiado tarde, incluso después de varias operaciones complicadas, al menos dos o tres, y de largos períodos de rehabilitación; nadie sabría dónde ir, para esas operaciones, ni a quién dirigirse, y el transporte, los desplazamientos, no tenían medios ni dinero, era demasiado lejos, esos tratamientos no son para nosotros, trabajamos de sol a sol, nos pasamos la vida corriendo, nos desgastamos, apenas conseguimos salir adelante con todas esas criaturas. Si al menos solo hubiéramos tenido esa, y en cierto sentido ha sido una suerte que no tuviéramos solo a esa, no se conocía ningún otro caso en la familia y el hijo que vino justo después de ella, veinte meses después, era bien derecho, bien recto, tenía todo lo que hay que tener, es lo primero que gritó la comadrona en el momento del parto, lo tiene todo todo, incluso antes de decir que era un niño, y todo el mundo comprendió que esta vez había salido bien.

Yo habría podido ser la madre de Horacio Fortunato. Lo habría tenido a los dieciocho casi diecinueve, Lionel habría sido el padre, mis padres, sobre todo mi madre, se habrían enfadado un poco con él por no haber hecho las cosas en el orden debido; el embarazo habría sido muy difícil, habría tenido que permanecer acostada, moverme lo menos posible, entre el quinto y el octavo mes, y los médicos me habrían prohibido nuevos embarazos so pena de peligros mortales. Suzanne me habría mimado como a su propia hija y habrían esperado para el vestido, los sombreros de las suegras, el cortejo entre el ayuntamiento y la iglesia, mi mano enguantada descansando en el brazo izquierdo de mi padre muy serio y a un pelo de las lágrimas, las peladillas, los caminos de mesa floridos, la hilera de honor al salir de la iglesia y el gran temblor de la boda, el vino de honor con todos los

empleados del garaje y sus esposas, lo habríamos celebrado todo junto, la boda y el bautizo del niño, el sábado 28 de octubre de 1967, el día de los treinta tres años de Lionel, no lo habíamos hecho adrede pero fue una bella casualidad. Las familias apenas habrían pensado que yo era muy joven, que no había vivido nada más y que ni siquiera había tenido tiempo para emprender de veras los estudios de contabilidad de los que se hablaba para mí, y también que había una gran diferencia de edad y que todo era un poco precipitado; pero Lionel ya tenía más de treinta años, y una excelente situación, entonces un hijo, un niño además, era una bendición para regentar el garaje más tarde, quizá, si le gustaba y le apetecía y tenía vocación, y sobre todo por Georges y por Suzanne, que habían sufrido tanto por no tener hijos y todavía estaban perfectamente fuertes para servir de abuelos-tíos-tías del niño. Yo no habría podido dar el pecho; después del nacimiento pronto habría recuperado la talla maniquí, según Lionel, o la línea salsifí, según Suzanne; sin pasar jamás por una madre indigna, y fuertemente animada por Lionel, habría estudiado contabilidad en Nevers, delegando de buena gana los cuidados del bebé, los pañales, los biberones, los eructos, en Suzanne o incluso en Georges, maravillado ante la menor sonrisa del niño providencial y con prisas por pasar las noches como insomne inveterado, convencido de trabajar finalmente por la buena causa. Así secundada, apoyada y rodeada, a los veintiún años habría podido hacerme cargo de toda la contabilidad de la empresa, llevada hasta entonces por una señora eficaz pero cada vez más superada por la hermosa expansión de los negocios y poco acostumbrada a las técnicas modernas que yo dominaba perfectamente. Lionel murió a los setenta años, en 2004, de un ataque cardíaco, en realidad nunca dejó de ocuparse del garaje, estaba divorciado, vivía solo y su hija única no tardó en vender el negocio.

Karim era guapo, era perfectamente guapo; todas las mujeres lo pensaban, lo sentían, bajo la piel, en el vientre, sin palabras, sin frases. Solo se tomaba la molestia de aparecer con su paso largo, la nuca flexible, las manos soberanas; sus cabellos suaves formaban un halo, le hacían una corona, una se perdía en sus ojos verdes, sus hombros y sus caderas daban ganas de

bailar. Yo no me resistí, quedé fulminada, ardía dentro de mi vestido de lana azul con cuello de punta, conservé ese vestido mucho tiempo; no pensé en Lionel, en su pena, en su cólera, ni en las distancias que iban a abrirse en mi vida para siempre porque Karim era árabe. En marzo de 1967, el 31 de marzo, viernes, yo terminaba un cursillo de formación en el servicio contable de la clínica psiquiátrica del bulevar de Batignolles, era el último día, éramos dos becarias en la misma situación, estábamos celebrando nuestra partida y la jubilación del jefe de servicio, *monsieur* Bérard, que invitaba a champán. El cuñado de *monsieur* Bérard tenía doce hectáreas de viñedos en Châtillon-sur-Marne, en el lugar adecuado; un acierto completo, le gustaba repetir a *monsieur* Bérard, un hombre bonachón y facundo, que invitó a los dos cuidadores de Sainte-Anne a reunirse con nosotros. Recuerdo exactamente cada segundo de aquel momento, cuarenta y cuatro años después; Karim entró en la pieza estrecha en la que tenían lugar las comidas, precedido por su colega, que, al ser mayor y estar más familiarizado con el equipo, se mezcló inmediatamente en la conversación; él permaneció unos momentos retirado, ligeramente flotante, tenía modales, primero parecía un poco ausente y luego su presencia se imponía; todo estaba en sus gestos, su manera de estar, de escuchar; una no olvidaba, no lo olvidaba, los hombres tampoco, algunos de los cuales le profesaron de entrada una indefectible y palpable hostilidad. *Monsieur* Bérard le ofreció una copa, una auténtica copa, no un vasito, el champán no se bebía en vaso en 1967 en la clínica de Batignolles; apoyó su gesto con un atronador Adelante, jóvenes, una fórmula jovial que usaba en cualquier circunstancia. Yo estaba allí clavada, fulminada, muda y atada; aquella exclamación, oída mil veces durante el trimestre que duró el cursillo, me transportaba a los tiouvivos de las ferias de mi infancia en Saint-Hilaire y, al mismo tiempo, la mirada verde de Karim cortaba mi vida en dos, formaba una frontera entre el antes y el después, el mundo sin él y el mundo con él. Sentí cómo pasaba sobre mí, me inundaba, y me atravesaba, y me taladraba, y me clavaba, y me horadaba, me acariciaba, aquella luz, aquella unción, aquel rayo, aquella avalancha; golpe de espada, de proyector, de rayo, espada de fuego, ordalía; lo llamamos como queremos, como podemos. He buscado con mucho cuidado las palabras sin encontrarlas realmente, para esas cosas que no se

cuentan, que yo no he contado a nadie y que tan solo he rumiado para mí misma antes de que se fuera Karim, durante nuestros dieciocho años de común y ordinario milagro, y después de su marcha; o su desaparición, no puedo elegir, por más que sé que no está muerto y que tuvo un hijo, cuatro años más tarde, en 1989, en Marsella.

Rumiar pertenece a la abuela Lucie. Cuanto más avanzo en edad, más me vuelven sus expresiones, sin que me dejaran nunca del todo; de Karim habría dicho, es un bribón, un tunante, un cabeza loca, un macaco, un salido, un urogallo, un príncipe, una diva, alternativamente y en un haz, en ráfagas. El macaco bailaba con las manos que acompañaban sus frases; mis hermanos, entre quince y veinticinco años, habían sido macacos, ruidosos, agitados, eruptivos, capaces de hazañas minúsculas e inútiles, por gusto, por alegría; capaces de llevarla un Primero de Mayo, a ella, a ver el mar en Saint-Jean-de-Monts, donde los mellizos habían sido monitores de colonias, porque ella confesó en la mesa, el día antes, que era la única promesa que su marido le hiciera y que no cumplió jamás, cuando las playas de la bahía del Somme estaban muy cerca de su casa. Tus hermanos tomaron la antorcha, diría ella después, contándome incansablemente, cada Primero de Mayo, la partida a hurtadillas a las seis de la fresca madrugada, el regreso a medianoche, la nota que dejaron sobre la mesa de la cocina para mi padre a quien tomaron el coche prestado y que habría lanzado alaridos, el menú muy aproximado del pícnic, pan y mayonesa de tubo, pepinillos y galletas de vainilla y chocolate con arroz, en el garaje se habían olvidado los embutidos, la fruta y el termo del café. La abuela no vio el mar, lo olió y lo oyó, husmeó olfateó, como un perro de caza, y lo escuchó mejor que si hubiese podido verlo; el agua estaba fría, todos se habían paseado descalzos entre las primeras olas; tus hermanos me sostenían por los brazos, gritaban que el mar nos lamía los pies, que era verde, entre verde y gris, de un verde difícil de decir, precisaba ella, buscando la imagen precisa, girando alrededor de ella con glotonería, verde y gris a la vez, como ciertas cortezas de árboles, o líquenes, pero no verdín, se reía ella, y no azul, para nada azul, azul sobre todo no. Estuvieron cantando todo el trayecto, a la ida y a la

vuelta, más de mil kilómetros, ella con ellos, los cuatro, canciones de moda que la abuela había oído en su pequeño aparato de radio con funda gris, y que se sabía de memoria mejor que los chicos, y también otras canciones, más antiguas, que venían de su infancia y hacían reír a los jóvenes. Los jóvenes tienen que reír, subrayaba este dicho con el índice apuntando y subrayando a conciencia la *i* del verbo reír. Cuando me hacía recitar las conjugaciones, en la escuela primaria, siempre escogía verbos alegres, los llamábamos las joyas de la corona, recítame una alegre joya de la tercera conjugación, Jeanne, y separa bien las letras, que vea que has estudiado; teníamos nuestros favoritos, revivir, adquirir, compartir, la abuela odiaba abatir y sufrir o partir, pero reír era nuestro verbo favorito. Karim y yo nos reíamos mucho; también en eso fuimos jóvenes. Todavía hoy día, en el metro, en el autobús, o en la calle, aquí en la avenida, delante del colegio Courteline, todavía a veces sorprendo esas risas irreprimibles, en cascada, que sacuden al unísono y reúnen a un racimo móvil de chicas o chicos olvidados del mundo bajo la mirada interrogadora, furibunda, alarmada de los otros, los adultos, los viejos, la gente, los tristes, los sentados, los rancios.

A Gordana, de niña, le habrían encantado los animales; algo con que aportar luz al túnel de las estaciones apretadas. Le habrían gustado todos los animales, los que criamos para comerlos, las cabras de ojos amarillos atareadas en pacer la hierba de las cunetas y del menor descampado en aquellos suburbios sin nombre en los que ella creció, los conejos de terciopelo hacinados en jaulas rudimentarias, las palomas de alas enguantadas de rosa, o incluso las gallinas con fama de esquivas en las efusiones, pero también los otros, a los que no se da de comer porque no serán comidos, los gatos famélicos y temerosos acostumbrados a la brutalidad eruptiva de los humanos, y más que nada los perros: perros sin calidad, sin estado civil, hambrientos de nacimiento, raramente acariciados, aficionados al gregarismo y de ladrido fácil. No habría tenido un animal solo para ella, no podía permitírselo, pero la habrían dejado libre de volcar, con gran refuerzo de borborismos inagotables y de ínfimas sobras de

comida hábilmente afanadas, los torrentes de su afecto vacante y desmadrado sobre los animales ajenos, y sobre los errantes que ella sabía engatusar e inmovilizar a pesar de su pata loca; lo decían así, la pata loca de Gordana, no designaban la cosa por su nombre, eso no tenía nombre. En Francia conservó aquella pasión por los animales pero tampoco tenía mascota; cómo tener un perro, un gato o siquiera un pájaro con lo que le cuesta reunir el dinero que ha de mandar al extranjero cada mes para el chico y la familia, además los pisos no están pensados para eso, son demasiado pequeños, la gente vive apretada, los unos encima de los otros, los vecinos se quejarían, criticarían, y una no está nunca en casa, una se pasa el día en el trabajo y en los desplazamientos para ir y venir; una mascota exige mucho, pide tiempo y cuidados, incluso cuesta dinero, un poquito, y para hacerla infeliz, no vale la pena tener mascota y se acabó; asunto arreglado, clasificado, no se hable más, ni siquiera se piense más en ello. En el Franprix, las únicas verdaderas miradas que Gordana se dignaba lanzar desde el habitáculo de su caja iban destinadas a los perros más o menos plácidos atados a la entrada del establecimiento y condenados a esperar el regreso del amo sometido a las necesidades del avituallamiento. Un caniche color albaricoque llamado Nino, veterano y afectado por pequeños temblores que compartía con su dueña, tan llena de rizos, precaria y tambaleante como él, me procuraba a veces el placer de sorprender a Gordana en plena conversación; mientras la clienta sudaba para embutir los tres productos en las profundidades de un cesto sobredimensionado, Gordana, olvidando la eventual fila de espera, se dedicaba a aliviar la supuesta angustia del perro repitiéndole, en un francés arrogante y cantarín a un tiempo, no tengas miedo Nino, ahora vuelve mira ya ha vuelto Nino ya está aquí no tengas miedo.

La última vez que vi a Isabelle, le quedaban seis años por cumplir, tal vez menos si se portaba bien y obtenía reducción de pena, tal como tenía la firme intención de hacer; acababa de pedir el traslado a Rennes donde las mellizas estudiaban medicina. No quería que nadie la friera a ver, solo sus hijas y yo. El año que cumplió los cuarenta, el segundo domingo de marzo,

comprendió que Laurent estaba llevando una doble vida desde hacía tiempo, al menos cinco años, ya que tenía un hijo de cuatro años con otra mujer, perito contable como él. Isabelle no se confió a nadie, ni a sus hijas, ni a sus hermanos, ni a mí, ni a sus pocas otras amigas; no tenía muchas amigas, decía que lo había entregado todo al trabajo y a la familia, entregado, no sacrificado, no se había sacrificado, incluso le gustaba aquella vida muy cronometrada, cuadriculada, organizada, amaba a su marido, a sus hijos, a las familias de ambos, en el sentido amplio de la palabra, y amaba su trabajo; es lo que dijo al tribunal, exactamente y en este orden, todavía tengo su voz en el oído, su voz de cada día su voz del despacho, intacta. Isabelle no habló con Laurent, no gritó, no lloró, ni suplicó, ni trató de hallar a la otra mujer, parlamentar, negociar, comprender, desmontar y remontar los engranajes para reinventar el curso de la historia. Nada cambió en su vida, en la vida de todos; en el jardín de Verrières, como cada año en la misma época, preparó su huerto para los tomates, los calabacines y las lechugas, se ocupó de los rosales y de la glicina, sacó los laureles que pasaban el invierno en el garaje. En el despacho se habló del seto de forsytias, de lilas y de la seringa que tuvo que podar severamente el año anterior porque se volcaba demasiado sobre la calle y molestaba al vecino. No se vio venir nada, yo no vi venir nada. Isabelle esperó tres semanas; el domingo de Pascua siempre comían en familia en casa del hermano gemelo de Laurent, soltero reincidente, notario en Sologne, excelente cocinero, vividor, experto cazador y pescador inveterado, padrino de las mellizas y melómano monomaniaco. Al día siguiente, lunes de Pascua, de regreso en Verrières, Isabelle se las arregló para alejar a los niños, los chicos al *rugby* y las mellizas al cine con una amiga y los padres de esta; a las dos de la tarde, Laurent, como estaba previsto, bajó al garaje para coger el coche y volver al despacho de donde regresaría muy tarde, trabajaba muchísimo, salvo el domingo, que siempre preservó y reservó a la familia; Isabelle esperaba de pie, al lado del coche, con la mejor carabina de su cuñado en las manos. Disparó sin fallar, frente a frente, en pleno corazón. En el tribunal repitió dos veces, él la había traicionado, él la había traicionado; su voz solo se quebró para pedir a sus hijos que la perdonaran por haberlos dejado huérfanos; sus hijas la perdonaron, perdió el contacto con los chicos y se

ahorcó en la celda tres semanas después de su llegada a Rennes. La incineración tuvo lugar en la más estricta intimidad. No he vuelto a ver a sus hijos, ni a sus tres hermanos que transformaron el negocio familiar en una empresa próspera y me repetían en el proceso, con los ojos enrojecidos, las manos anudadas, se pasa página, o se cierran los ojos, o se pide el divorcio, en nuestros días te puedes divorciar, a nuestra edad y en su situación es solo una cuestión de pasta, suerte que papá y mamá no han tenido que pasar por esto, suerte que están muertos, papá y mamá; movían la cabeza al decir aquellas palabras de niños, papá y mamá, pasta, que se les quedaban atravesadas en la garganta. Ahora las mellizas viven en Lyon; nos comunicamos regularmente por correo electrónico y comemos o cenamos juntas cuando vienen a París. Conocen y quieren a su hermano menor. No han quedado destrozadas, son valientes y estupendas.

La palabra chiquitín le sienta bien a Horacio Fortunato; ha caído en desuso y también procede de mi abuela Lucie, para quien algunos niños varones, no todos, seguían siendo chiquitines hasta la edad de la primera comunión; después entraban en una categoría indecisa, difícil de nombrar, incluso para ella, de la que no salían sino gracias al permiso de conducir, el primer sueldo y el servicio militar. Horacio Fortunato hizo el servicio militar, ni se le habría ocurrido evitarlo; posó de uniforme con sus padres, su madre ya enferma, muy cansada, con las facciones tirantes por una sonrisa resplandeciente y voluntariosa, sentada en un sillón de terciopelo marrón de respaldo alto, los pies calzados de cuero burdeos, el vestido de manga larga, de lana verde, decorosamente estirado sobre las rodillas, todos los colores, el verde, el marrón, el burdeos, como tragados, agotados por los años y la luz de los días durante todo el tiempo que la foto lleva presidiendo el piso del padre y el del hijo en el mismo lugar, sobre la cómoda, en el dormitorio, con su marco de madera barnizada por obra del padre que en el bricolaje fue inventivo y minucioso. En la foto, el padre y el hijo no sonríen; el padre estaría a la izquierda del sillón, con los brazos colgando, las manos abiertas, la frente ancha y abombada, poco pelo, la mandíbula cuadrada, más alto que su hijo, otro cuerpo, pero la misma inquietud y parecida agudeza en la

mirada porque él lo sabe, ellos lo saben ya, el padre y el hijo, que no podrán hacer nada, que todos sus cuidados y su hermosa energía y su espera y su vela y su paciencia y su dulzura, por no emplear grandes palabras, que todo eso fue dado para nada, agotado, esparcido en vano. Ella sigue allí, la mujer, la esposa, la madre, una imagen que permanecerá en la foto que ellos guardarán piadosamente, preciosamente, pero ella se va, a cada segundo, algo de ella se deshace sordamente, se derrama, desaparece. Ella también lo sabe, tampoco puede hacer nada, no se rebela ni se resigna, le habría gustado mucho quedarse, con ellos, con sus hombres, padre e hijo, que son fuertes y tiernos y la necesitan, pero algo la llama, ya no está aquí, los volverá a encontrar, a los suyos, a su madre, a su hermana mayor, a su hija sobre todo, a su hija que no debería haberse ido antes que ella; las mujeres de su familia no duran mucho, pronto liberan la plaza, y dejan unos viudos poco elocuentes flanqueados de hijos mayores aún no del todo acabados. La madre reza, y siempre ha rezado, ha conservado su religión, la del padre está un poco raída, gastada, descolorida desde la muerte de la hija, la madre no sabe cómo lo lleva él ahora, ni tampoco su hijo, de eso no se habla, ni siquiera ahora; llegado el momento la madre querrá un sacerdote, harán lo necesario y ella tiene confianza. La tumba de la hija está en el cementerio de Bagneux, la muchacha está sola allá lejos, hace ya treinta y dos años, la hizo llorar durante años, por la noche, sobre todo en invierno, lo de saberla sola allá lejos, al otro lado del bulevar periférico lejos en el extrarradio, bajo la piedra grabada y bien cuidada, bien florida, pero de todos modos, su hija, sola, es una cosa que la hacía llorar. Ahora se reunirá con ella. En la foto, el hijo está a la derecha de la madre y se mantiene erguido en su uniforme que debió de ser de un azul muy oscuro, el grueso pliegue del pantalón choca con los zapatos negros y brillantes, tiene la mano izquierda posada sobre el hombro de la madre, sobre el vestido verde, posada, como un guante de seda.

Mi padre vivió solo un poco más de un año, quince meses exactamente, y murió durmiendo, en su casa, a los noventa y cuatro años. Se libró de su pesadilla diaria, la dependencia extrema, el ingreso obligado en una

residencia geriátrica, lo que él llamaba el sanseacabó. Curiosamente, ninguno de nosotros parecía haber pensado jamás que él quedaría el último; nuestra madre sí, pero él no, que era mucho mayor y parecía muy frágil, sin resuello, desde hacía muchos años. Él siguió como con ella, hasta el final. Al principio compraba demasiada comida, compraba como antes, los mismos productos y en cantidad semejante. Cuando se jubilaron, les gustaba ir juntos de recados, ellos no decían compras, sino recados, y era una salida necesaria y una distracción inagotable para unas personas que siempre habían dispuesto más o menos de todo a domicilio y sin tiempo para ir a ver lo que tenían en la competencia. Después del cierre de su negocio, ya no había tienda de ultramarinos en el barrio, ni vendedores ambulantes tampoco, salvo, cada martes, el tenaz carnicero-charcutero de Souvigny que oponía resistencia a las grandes cadenas de distribución, así lo decía él, y mi padre lo repetía con voracidad; se vestían con esmero pero sin ceremonia, no iban al médico, ni a entierros, ni a la comida anual de la tercera edad, ellos iban de recados. Tomaban el coche, conducía ella, al envejecer le había tomado el gusto a conducir, más que él, que ya no confiaba en sí mismo; solían ir a Souvigny, donde el jueves había mercado, y en caso de necesidad se llegaban hasta Buxières el miércoles. Preparaban la lista, a lápiz; escribía él, y no le gustaba que ya en plena compra se alterara la lista, aunque más tarde reconocía que, sobre todo en productos de temporada y de mercado, ella tenía razón. Por teléfono me decía, tu madre siempre tiene razón, o, tú ya me conoces, yo soy como un asno viejo atado a su pesebre, si no fuera por tu madre siempre comería lo mismo. Ya sin ella, gracias a los vecinos atentos que frecuentaban las mismas tiendas y lo llevaban con ellos, mi padre siguió gozando de los primeros espárragos, la pequeña pintada que irá a parar a la cazuela azul y dará para tres comidas, los quesos frescos de *madame* Lemaire que se deshacen en la boca. Me hablaba de todo eso cuando yo lo llamaba el domingo sobre las tres de la tarde y el miércoles poco antes del telediario. Bajo las instrucciones de la asistente que siguió sirviendo en la casa como en tiempos de mi madre, mi padre también se puso sin gran dificultad a lavar la ropa y planchaba cuidadosamente sus considerables pañuelos a cuadros, las ancestrales y patrimoniales toallas de nido de abeja y demás trapos grises festoneados de

rojo vivo, la ropa de cama de algodón pesado y las inservibles camisas de manga larga lisas, grises o azules, que mi madre encargó para él durante veinte años en el catálogo de La Redoute. Lo único es que dejó de tomar café, nadie sabía prepararlo como mi madre, ni demasiado fuerte ni demasiado flojo, y muy caliente; se lo tomaban, ella y él, cada día, después de comer, primero recogían la pequeña cocina que se llenaba con el mugido alerta de la cafetera; el aroma se elevaba, los envolvía, acompañaba sus gestos, mi padre lavaba los platos y mi madre los secaba, colocando cada cosa en su sitio; después se instalaban en la mesa del comedor, mi padre traía la gran bandeja redonda de cobre, mi madre lo precedía con la caja metálica y rectangular de las provisiones de chocolate; tomaban el café fuerte, y sin azúcar, y sin embargo lo removían con una pequeñísima cucharilla de plata; les gustaba el tintineo delicado del cuchara, ellos siempre dijeron *el* cuchara^[1], contra la porcelana de las dos tazas sacadas del servicio de boda que solo se usaba en las comidas familiares y el 15 de agosto, el día de los Demy, porque los Demy eran casi como de la familia. En el coche, el 25 de diciembre de 2001, de regreso de la comida de Navidad que nos había reunido en casa de Denis y Babeth, mi padre me dijo, el café era tu madre, era su olor; y su voz se perdió. Conservé las dos tazas, blancas con un ribete de oro mate, y di el resto del servicio y la gran bandeja marroquí de cobre martillado a mi sobrina Bénédicte que tiene sentido de familia y el don de las comidas numerosas.

Karim era cuidador en el servicio de psiquiatría del hospital de Sainte-Anne; no le conocí otro oficio ni otro puesto de trabajo. Al cabo de veintiséis años llegué a dudar de todo, de su edad, incluso de su nombre, y de lo poco que sé de su vida antes del 31 de marzo de 1967. Creo que el trabajo le gustaba, y lo hacía bien, no se quejaba, solo muy de vez en cuando me hablaba de los enfermos, no estaba bien despojar todavía más a esas personas ya tan desposeídas de sí mismas, tan invadidas; él usaba esta palabra, yo pensaba en la historia de nuestros dos países, en la colonización y la guerra de Argelia; tenía razón de pensar en eso, me decía él, la historia de Francia y Argelia era una locura, larga y violenta, a veces hablábamos de ella, pero lo que pudimos decir resbaló, se abolió, enmudeció, se desmoronó, perdió toda consistencia. Me parece estar viendo aquellos

momentos, oigo su voz, la vibración particular de su voz en aquellas conversaciones sobre Argelia, las colonias, la guerra, la inmigración, pero nuestras frases de entonces han perdido su sentido; hablábamos, él hablaba en una lengua que se me ha hecho extraña. Cuando volvía del hospital, se duchaba, mucho rato, y todavía sé cómo dejaba que el agua muy caliente le resbalara por la nuca, sus hombros macizos, redondeados, por los brazos sueltos a lo largo del cuerpo, la barbilla encogida, los ojos cerrados, las piernas ligeramente abiertas, los pies paralelos, el cuerpo imperceptiblemente balanceado, acunado, sobre sus caderas estrechas y móviles; yo pensaba, pero no lo decía, que se consolaba del hospital, y de algo más antiguo a lo que yo no tenía acceso, y acaso tampoco él. Le gustaban las palabras loco, loca, locura, enloquecer, locamente, toda esta familia de chiflados que la psiquiatría oficial estaba relegando a la sección de los insuficientes notorios y otros palabros esperpénticos; le gustaban aquellas palabras por el aliento, el impulso, el brillo crudo, porque bailan y dicen cosas y son de fiar; loco era su favorita por la redondez de los labios que supone, como un tierno beso. El día siguiente a la fecha en que Karim cumplió cuarenta años, era una noche entre semana, el lunes 3 de octubre de 1983, tomamos el metro en Odéon para volver del cine donde habíamos visto *My Darling Clementine*, Karim era un apasionado del wéstern, me había iniciado en el género y éramos unos expertos. Llegamos al andén todavía ebrios de cabalgadas, amplios horizontes y sentimientos rudos; una mujer alta y rubia gritaba, su grito llenaba la estación y subía hasta chocar con la bóveda del túnel, era un grito de vientre, ronco y estridente a la vez, yo nunca había oído ni imaginado aquello; en los andenes, los pasajeros se juntaban unos con otros, apiñados para hacer frente a la mujer erguida; no la miraban ni hablaban entre ellos; esperaban el vagón, escrutando la tripa oscura como si su vida dependiera de ello; y su vida dependía de ello, tenían razón, había que salvarse, cobijarse, lo más rápido posible, nadie podía soportar aquello. Eso es lo que Karim me dijo al día siguiente en la oscuridad del dormitorio, cuando nos hubimos acostado, no habíamos vuelto a hablar de aquella mujer; yo no hice preguntas, esperaba, él dijo que la mujer pasaba temporadas en el hospital, en su servicio o en otro; tenía nombre de flor, Capucine, y en una primera vida fue cantante lírica, precisó

lo de lírica. Karim añadió podría ser yo, o tú, o tu madre, o la mía, o mi hermana, o nuestra hija, podría ser cualquiera, es algo que está en nosotros, lo incubamos, es como un incendio.

Ayer por la mañana, mientras Horacio Fortunato esperaba en la caja ocho, había una persona delante de él, una mujer mayor, muy lenta, y nos separaba otra, en la radio ponían una canción antigua *Le premier pas, j'aimerais qu'elle fasse le premier pas*^[2], me sabía la letra de memoria, me subía, se desenrollaba dentro de mí, flotaba alrededor de la nuca oscura, de los hombros poderosos, de la blusa blanca con cordón rojo, y de las compras depositadas junto a la caja. Las palabras corrían sobre las cosas, *ne pas la brusquer, me faire signe tout bas*^[3], se pegaban a ellas, las palabras justas, precisas, predestinadas e inútiles. Me reí de mí misma en mi interior; es mi lado cursi; es indefectible y poderoso, nunca me ha abandonado, ahora creo que no me abandonará jamás. Cada uno tendrá su parte del mundo, Karim habrá sido la mía, y yo habré sido la suya, durante dieciocho años, fue una gracia tenaz; presiento sordamente que el hombre oscuro podría ser la gracia de Gordana, y recíprocamente. La gracia es otra cosa distinta que el amor, es más flexible, más confiada, es fluida y te envuelve sin incomodarte, no impide el vértigo ni la soledad; se trata de un lugar que hay que inventar. No hablo de ello con mis hermanos ni con mis cuñadas, sobrinos o sobrinas que viven todos en pareja y me considerarían demasiado romántica; pensarían exaltada, exaltada en frío, pero exaltada, y dirían romántica, porque son amables, tirando a bien dispuestos conmigo, y son aficionados a las conversaciones ligeras y confiadas sobre las cosas de los sentimientos que acompañan las noches de verano y las sobremesas bajo los tilos, cuando los niños están acostados y las noches son untuosas y transparentes. Todos tienen casas, jardines, tilos o abedules temblorosos, y rosales generosos; me invitan y yo voy a veces, aquí o allá, me quedo una noche o dos con ellos, es mi ronda, la ronda de las familias, me rozan, nos rozamos, es algo valioso, nos viste. La canción también dice *on peut s'attendre longtemps comme ça, on peut rester des années à contempler, et vivre chacun de son côté*^[4]. Desde la conversación que sorprendí entre

Horacio Fortunato y la mujer bajita de la farmacia, adivino lo que hay de dulzura poderosa, austera y formidable en ese hombre oscuro; es un río, un río ancho y verde; Gordana se bañaría en él, consentiría, sería blanca, blanca y cremosa, resplandeciente y liberada de su cuerpo.

El hijo de *madame* Jaladis vendrá a ocupar el piso de su madre; lo recupera y lo conservará para tener donde dormir en París cuando le llegue el retiro, que es inminente, repartirá el tiempo entre París y Saint-Valery-en-Caux, donde tiene una casa de la que a veces me hablaba su madre. Me decía, moviendo la cabeza, con las manos cruzadas sobre los muslos, maliciosa y amante, mi hijo se siente a gusto en esa casa, se ocupa de todo, del interior, del terreno, de las flores, de los operarios que se necesitan, y de todo lo que hay que tener presente para que una propiedad esté bien mantenida, eso cuesta trabajo y cuidados, son cosas que no se pueden decidir solo chasqueando los dedos desde París; y se acompañaba con el gesto, dos o tres veces, agitándose en su silla tapizada de terciopelo morado. Yo veía venir el momento de la hija política y del nieto; la hija política no usaba su apellido y, llegada a la cumbre de su cólera contenida, decía mi nuera, recuperando así la somera palabra de la tribu que me resultaba familiar desde la infancia, esa nuera, pues, que nunca se conformaba con nada, siempre estaba más o menos deprimida, hacía trabajitos por aquí y por allá como ayudante de dirección, *madame* Jaladis puntuaba, lapidaria, secretaria, es secretaria, juzgaba la casa de Saint-Valery demasiado aislada y el piso de París demasiado ruidoso, y solo quiso un único hijo, que ahora estaba lejos, en California, casado con una americana para la que Francia, incluso toda Europa, es un pañuelo de bolsillo, un trasto viejo, peor que una colonia, un país subdesarrollado, *madame* Jaladis insistía, multiplicando los vocablos y chascando las consonantes; y la nuera lloraba, veía poco a su hijo y todavía menos a sus nietos, dos chicos de dos y cuatro años que no hablaban ni una palabra de francés, entiende lo que le digo, *madame* Santoire, ni una sola palabra. La indignación de *madame* Jaladis llegaba a la cumbre con esos bisnietos apenas vistos una vez, entre dos vuelos, que no conocerían la hermosa habla de sus antepasados. Su hijo le enseñaba fotos

en el ordenador, y también películas tomadas allí en aquellas grandes casas con piscina y césped como las que salen en la tele, pero a ella eso no le daba frío ni calor; anudaba y desanudaba las manos, ni frío ni calor, todo esto me supera, y comprendo que mi hijo sienta pena, que esté preocupado por ese matrimonio, no tiene paz nunca, nunca, salvo tal vez en su jardín de Saint-Valery o cuando encuentra tiempo para ir a un concierto, el piano es su pasión, quiso aprender pero solo habría sido un intérprete mediocre, eso es lo que dice, de manera que escucha a los otros, a los grandes, incluso va a un festival, en verano, para escuchar música, a mi nuera eso no le gusta, no lo sigue, ella mira las series de internet en inglés, para mantener el nivel y hablar con sus nietos cuando tengan edad; *madame* Jaladis tomaba un sorbito de café, lo dejaremos aquí, *madame* Santoire, lo dejaremos aquí, lo siento por mi hijo, que se esfuerza tanto en su trabajo donde tiene responsabilidades muy grandes, él no se queja, jamás una palabra más alta que otra hablando de su mujer, pero a mí me da pena, una madre ve las cosas, una madre lo ve todo. No vio, no supo que su hijo se había divorciado; Jean-Jacques Jaladis dijo simplemente, como quien cumple con una formalidad, le tengo mucho apego a este piso en el que me he criado, es perfecto para una persona sola, llevo cinco años divorciado, mi madre no lo sabía. Me crucé con él en el rellano del tercero, yo salía de mi casa y él subía al cuarto por la escalera; vino hacia mí, me tendió la mano, se presentó y añadió, usted es Jeanne Santoire, sin duda, es increíble que nunca nos hayamos visto en todos estos años, mi madre le tenía mucho cariño, espero no molestarla mucho con las obras que van a empezar dentro de un mes, o dos, o tres, ya sabe cómo van las cosas con los operarios; tiene las entonaciones risueñas de su madre, y esa manera de inclinar la cabeza hacia la derecha, con un golpecito seco, para puntuar una afirmación. Antes de irse dijo, mirándome a los ojos, mi madre dejó algo para usted, lo escogió ella misma, lo tenía preparado desde hace años, me habló muchas veces de ello, se lo traeré otro día, si me lo permite.

Entre los doce y los trece años tuve la tentación de las órdenes, del convento, de la religión que abrazas y te arranca del mundo. El alba que me

regaló la abuela Lucie para la primera comunión tal vez tuviera algo que ver con eso, me parecía un objeto dotado de poderes mágicos, protectores; con ella me sentía a la vez transparente y transida de luz y recuerdo mi decepción al recibir las fotos de la ceremonia; aquel estado de intensa exaltación no había dejado ninguna huella visible en el pequeño rostro aplicado de la tercera comulgante del cortejo aproximado que se alargaba por el pasillo central de la iglesia de Saint-Hilaire, florida y abarrotada. Mis padres invitaron a la familia más cercana y a los Demy; conservo de aquella comida en el restaurante del pueblo, en una gran sala reservada para nosotros y abierta a un jardín festoneado de iris dorados, un extraño recuerdo de levitación interior, de delicioso vértigo mientras a mi alrededor unos y otros proferían exclamaciones, sobre mis regalos, expuestos como es debido en el vestíbulo que daba al comedor, sobre el menú, perfecto, tan perfecto que una no podría hacerlo en su propia casa, y da tantísimo trabajo que más vale dejarlo a los profesionales, sobre todo si se tienen medios, sobre el tiempo, esta vez al unísono, os acordáis cuando los gemelos, una lluvia y un viento frío, parecía que estuviéramos en Todos los Santos, y también sobre Denis, mi hermano mayor, que se ruborizaba junto a su prometida Babeth, una chica del pueblo, así que la próxima fiesta familiar sería una boda. Yo flotaba envuelta en un halo blanco y parca en palabras, sí que estaba contenta, sí que me habían tratado como a una reina, sí que sería dama de honor en la boda de mi hermano. El curso siguiente apareció en el internado una monja muy joven que enseñaba matemáticas. Sor Alice no se parecía a nadie; el hábito y el velo no apagaban su belleza y la gracia del menor de sus gestos nos dejaba sin palabras; al descubrirla en primero en lugar de la repulsiva sor Paule que imponía su ley en cuarto desde tiempos inmemoriales, la clase entera, fulminada y arrobada, pensó en Blancanieves; se parecía a Blancanieves, era Blancanieves; pálida de tez, con unos labios resplandecientes y aterciopelados, la seda oscura de sus cabellos que se adivinaban a pesar del velo, los ojos de un azul indecible, y las manos perfectas, manos de actriz o de pianista, manos y muñecas como no habíamos visto nunca en la vida de verdad, las uñas, las uñas sobre todo, ligeramente abombadas, de un rosa anacarado de piedra preciosa o de concha delicada, todo en ella nos fascinaba, y las más radicales se

empeñaron en espiar el fulgor de sus tobillos, bajo el hábito bastante largo, a la manera antigua, como un vestido de princesa o de hada. No teníamos ni trece años y dudábamos entre la princesa y el hada, sin pensar en Grace Kelly o en Brigitte Bardot, y todavía menos en las lozanas novias de nuestros hermanos mayores, demasiado de carne, demasiado humanas, demasiado triviales; las conjeturas y los comentarios, novelescos unas y otros, no terminaban, nosotras éramos sin la menor duda la pandilla de los enanitos, deslumbrada y empeñada en gustarle, consagradas a su culto, ávidas de anticiparnos a su menor deseo, borrar la pizarra, pasar lista, abrir la ventana para ventilar la clase, le habríamos llevado la cartera de cuero marrón y granulado que por sí misma nos parecía una joya de incalculable valor. Olía bien, a limón a flor de azahar al agua viva del paraíso, y nunca conseguimos desvelar el misterio de su voz, precisa, atenta, aterciopelada, mestizada por una imperceptible punta de acento extranjero. Cada jueves por la tarde nos regodeábamos con el pánico imperturbable y semanal del padre Coursolles, nuestro profesor de formación religiosa, tripudo, colorado, encendido, despistado, cuando oía la mera mención del nombre de sor Alice que nosotras le servíamos tanto si venía a cuento como si no, sobre todo si no. Aquel culebrón encantó a mi abuela Lucie, debidamente informada cada fin de semana, cuando yo volvía a Saint-Hilaire desde la tarde del sábado hasta la tarde del domingo, pues mis padres habían obtenido aquel cómodo arreglo en virtud de las relaciones privilegiadas que mantenían con la intendencia del colegio, del que eran uno de los proveedores oficiales de comestibles. Todavía oigo la risa tenaz, deslumbrante de juventud, de la abuela Lucie al descubrir el cómodo apodo de PC por Prince Charmant, Príncipe Encantador, o el de abate Coursolles, que le colgamos al cura hasta su jubilación. El curso siguiente, sor Alice ya no estaba; evaporada desaparecida disipada, como un espejismo; no supimos nada de ella y vivimos aún algunas semanas en la estela de aquel cometa emocionante, poniendo la vida difícil a la muy terrenal *madame Bonnet* que se empeñó en sucederla. Después la vocación se alejó de mí, con gran alegría de mi abuela Lucie y de mis padres, pero abracé definitivamente la causa de las matemáticas, entrando en el reino de las

cifras veloces y las operaciones eficaces como quien entra en una orden, para no volver a salir jamás.

Un día del pasado otoño, en la televisión, en un programa de literatura que se emite los jueves y que veo algunas veces, por más que lea pocas novelas, oí a un escritor que decía esta frase, a partir de los cincuenta años el cuerpo se desatornilla; hablaba con una voz pausada, de una calidad metálica y sedosa a la vez, con gestos pequeños y elegantes de las manos; cruzaba las piernas, los zapatos eran de buena factura, así como el jersey fino de cuello redondo, de un azul muy oscuro, sin nada debajo. Se llamaba Pierre Ubac, recuerdo su nombre porque después compré su libro y lo leí, un librito delgado y amarillo oro, un color al que no estamos acostumbrados en los libros. Lo conservo al alcance de la mano, en la mesita de noche o en el bolso, es ligero y sólido, leo algún fragmento por la noche antes de dormir o en el metro cuando el trayecto es largo y mi mirada no se fija en nada ni en nadie, cosa infrecuente; me sorprende recordando fragmentos, expresiones que me vienen a la cabeza, surgen, resurgen, en mis rumias o en tal o cual conversación con los amigos, siempre los mismos, un puñado escogido de fieles, que me encuentro en el cine, en exposiciones de pintura, en los museos, para ir a andar a Fontainebleau o al valle de Chevreuse y también para viajar. Las palabras de este escritor, doce años menor que yo, se han convertido en mías, han entrado en mi cuerpo y bajo mi piel, se han alojado detrás de mis dientes; me las he tragado; aunque me molestara, al principio, ahora ya no pienso más en ello, no lo cito, mis amigos no leen esa clase de libros. Son retratos de hombres escritos por un hombre que ama a los hombres, y pensé que aquel escritor podría haber trazado el retrato de Horacio Fortunato en su libro; el retrato que prefiero viene acompañado de una foto en colores que me esforcé en mirar solo después de haber leído el texto una vez. En la foto aparece un cuerpo grande; un gran cuerpo, ya no un chico, pero tampoco exactamente un joven, ni un hombre joven ni un hombre; detrás de él, a su espalda, los árboles aborregados suben, como una tempestad recia, dispuestos a invadirlo todo, devorarlo todo; se nota que hace falta un cuerpo grande como aquel para plantar cara, para resistir o

para revolcarse riendo en todo ese verdor; pero, sobre todo, y es como el ombligo del libro, mi padre decía burlándose de Saint-Hilaire que no dejaba de ser el ombligo del mundo, sobre todo, bajo la mano derecha del muchacho que se inclina un poco para rozarlo con la punta de los dedos, vemos la cabeza peluda de un animal, un perro; y ese perro no es un perro, es un lobo, o incluso una loba; se lee en el texto y una se queda impactada como si estuviera en el umbral de un bello misterio. Me quedé sentada, por la loba y la mano posada sobre su cabeza, entre las dos orejas móviles y suaves, pero también y sobre todo por la manera como ese escritor, Pierre Ubac, trae tranquilamente a su libro bien sujeto lo salvaje del animal, como atado con una cuerda invisible, y dice con la misma tranquilidad que el cuerpo se desatornilla después de los cincuenta años. Yo me desatornillé, me desatornillo cada día, pero bueno, de momento no duele, todavía no. Me aprovecho, saco provecho de ello.

Uno de cada dos veranos, cuando su madre no venía, Karim y yo nos íbamos al sur del Sur, a Port-Vendres, donde permanecíamos dos semanas; habíamos descubierto ese lugar en mayo del 68, un poco por casualidad, bajando en coche hacia el mar después de haber abandonado París la noche del 11 al 12 de mayo porque Karim desconfiaba de lo que él llamaba el gran lavado; ocupábamos una habitación blanca, inmensa, de techo alto, casi desnuda, y un baño antiguo y elemental, en el último piso de una casa vieja en una parte del puerto que no lo cedía todo a los turistas, a las terrazas, a las tiendas y a la navegación de recreo; las tres ventanas daban a los muelles, los barcos, las redes apiladas en montones de colores gastados, los olores y los gritos de las llamadas, y todo el ajeteo de aquellos trabajos de los que Karim y yo nada sabíamos. Nos quedábamos en la orilla y nos dejábamos mecer, atravesar. Por las noches, Karim se apoyaba en la ventana del centro, fumaba un purito duro cuya discreta acritud encontraría yo más tarde sobre su piel, en su boca; sus caderas estrechas, la línea de la espalda, de los hombros, de la nuca rizada, se recortaban en el crepúsculo. En la habitación, en el único sillón, bajo y envolvente, de un verde extrañamente feo, muy exótico, casi inquietante, yo leía gruesos libros confortables,

novelas policíacas traducidas del inglés o biografías de personajes famosos, Napoleón, Champollion, Pierre y Marie Curie, María Antonieta, Charles de Gaulle. Por la mañana temprano bajábamos a las calas, conocíamos varias, cuatro o cinco, ínfimas y acrobáticas, encajonadas, secretas, perdidamente azules; hacíamos la cabra, era la expresión de Karim, colgados de los meandros de inverosímiles senderos retirados, perfumados de anís silvestre y otras plantas penetrantes cuyo nombre ignorábamos; yo era mejor cabra que Karim, él me seguía, seguro y lento. En las horas ardientes del centro del día, con la piel salada, saciada de luz y el estómago cargado con un tomate y pan frotado con ajo, yo me iba hacia otras calas, otros caminos, arañosos de sol, ahogados de viento cálido. Karim nadaba largamente. Hablábamos poco. Estábamos, lo he pensado más tarde, en la plena gloria de nuestros cuerpos elásticos, y a la proa de nosotros mismos. No conservo ninguna foto de aquellos veranos, de aquellas mañanas anacaradas, cuando el primer sol tocaba el hueco de la cueva en la que nosotros lo estábamos esperando, acurrucados en el fresco del amanecer, tengo demasiada memoria. Durante mucho tiempo he intercambiado postales de Año Nuevo con los propietarios de la vivienda, hermano y hermana, solteros de edad avanzada, que los dos primeros años tomamos por pareja; eran refugiados de la Guerra Civil, tenebrosos, nudosos, altivos de gesto y de porte, avaros de palabras, algunos días, cuando estábamos fuera, depositaban para nosotros delante de la habitación, en un singular cesto ennegrecido provisto de una tapa con dos batientes, pequeñas maravillas, tomates, calabacines redondos indeciblemente rellenos, quesos de cabra aterciopelados, albaricoques perfectos. En enero de 1986 les mandé la felicitación y les dije también que no volveríamos más, que ahora estaba sola, me costaba trabajo escribir en plural, no podía escribir su nombre. El hermano me respondió como hacía siempre, en un papel crema untuoso, en términos calurosos y casi juguetones que contrastaban vivamente con nuestros usos estivales; escribía él y firmaba la hermana, María Encarnación, con una letra redonda, elegante, juvenil, que bailaba en la página; en la carta de enero de 1986, ella añadió, al dorso de la hoja, en el centro, en tres líneas, sin mayúsculas y sin puntuación, sea fuerte, al final una sigue entera, sigue entera.

Buscando en internet, Gordana habría comprendido que podría haberse curado, tendría que haber empezado muy pronto, lo antes posible, la cosa no habría sido fácil, habría estado inmovilizada, habría tenido que llevar férulas y otros dispositivos de contención, primero se habría reducido la deformación y después se habría consolidado el resultado, sin duda la habrían operado, los médicos se habrían inclinado sobre ella y la habrían felicitado por su valentía y su resistencia; a los diecinueve o veinte años, habría andado casi normalmente, tal vez con una suela ortopédica dentro del zapato, y habría podido correr saltar bailar; si no lo sabías, no notabas casi nada, apenas una torpeza pasajera, la secuela de un accidente de coche, con sus padres, a los diez años, de regreso de las vacaciones, un autocar de turismo, afortunadamente vacío, cuyo conductor se había quedado dormido, su madre había quedado inválida. Si hubiera nacido en Francia, en Alemania o en Inglaterra, incluso en Italia, si hubiera nacido en el lado bueno, habría podido ser reparada; ella se lo decía así, con este verbo, reparar, y con esa expresión, el lado bueno, pero no hablaba de ello; con quién iba a comentarlo, a quién se lo podría contar. Habría sido rubia y dorada, amazona elegante, y veterinaria de caballos, en un acaballadero los primeros años, después viajaría por el mundo entero, la llamarían para salvar a los caballos de pura raza afectados de enfermedades raras y misteriosas, parálisis del cuarto trasero, astenias fulminantes, catalepsias, se inventaba nombres de enfermedades; su reputación se haría internacional, a los cuarenta años, con la fortuna hecha, se retiraría a Inglaterra, en Dorset, donde montaría una granja de cría, y los mejores jinetes del Reino se disputarían el honor de montar los caballos nacidos y criados en su granja. Tendría dos perros, siempre dos y solo dos, galgos rusos, barzois, una pareja; una vez, en la tele, el año de sus trece años, en un documental animalista, Gordana vio una pareja de estos perros corriendo por una playa, en Cuba, y recordó el nombre de los perros, Ix y Dax, y que eran rusos, poco abundantes, muy caros, delicados, desconfiados, fanáticamente apegados a sus dueños, y excepcionales; no comprendió cómo ni por qué unos perros rusos corrían por una playa de Cuba donde debían de tener

mucho calor, pero se había quedado con la imagen perfecta de los dos animales, su impulso, su surgimiento en la luz de la tarde en una playa rosa y vacía. A veces pensaría en el lado bueno; se trataba también y sobre todo de una historia de familia; para ser reparada, habría necesitado una familia distinta, otra tribu, otra gente, menos cansados, menos abandonados, resignados, aplastados, abollados, menos gastados, menos borrachos, fastidiados, machacados, jodidos. Gordana tenía vocabulario, captaba las palabras de oído, las olía, las cogía, las mascaba en sus soliloquios, las ingurgitaba y, a pesar de su escaso gusto por la conversación, habría sido una mujer furiosamente dotada para las lenguas. Habría sido búlgara, habría leído en búlgaro gruesas novelas, casi todo y cualquier cosa, siempre que la agarrara y la sacara, del aquí, de su vida, de esta vida que no era peor que otra cualquiera, ni mejor tampoco, ya que siempre y en todas partes estaría aquel pie su pie su pata. Antes de llegar a Francia, siguiendo tribulaciones más o menos peligrosas, había dado cuerpo al vago revoltijo de inglés que se chapurrea en las escuelas entre los once y los dieciséis años; en el supermercado, el día de Nochebuena, respondió a una mujer que le felicitaba las fiestas en francés con un fuerte acento americano, yo estaba demasiado lejos para captarlo todo, pero inmediatamente reconocí su voz, más ligera, suelta, un tono más alta, el intercambio parecía perfectamente fluido, atento, y Gordana casi llegó a sonreír. También habría pillado sólidos rudimentos de alemán, se desenvolvía en polaco o en checo, y conservó de un ligue ruso un vocabulario rudimentario y eficaz. Solo tenía ligues, breves historias de sexo que la lanzaban contra los cuerpos, en la cama o en otro lugar, la cosa no duraba, no podía durar, ella se hartaba pronto de los otros, de los hombres y también de las mujeres; los otros invadían demasiado, querían demasiado, estaban de más en su vida; y a la recíproca. Ella ocupaba todo el espacio, bastante trabajo se daba ella misma, ganar dinero, la cojera, y el hijo, ese niño, allá lejos, abandonado, que estaba perdiendo, que había perdido, que estaba perdido.

A la muerte de nuestro padre, mis hermanos y yo vaciamos la casa familiar que había comprado el ayuntamiento, sería derribada y una ampliación de las cercanas instalaciones deportivas se comería el terreno así ganado. Mis padres, cuya existencia entera se había visto rodeada, saturada

y alimentada de productos que había que elegir, encargar, recibir, almacenar, sacar a la tienda, vender, separar, clasificar, tuvieron la elegancia y la amabilidad de empezar de cero, no transportar y acumular en aquella casa sin historia los estratos sucesivamente apilados en el almacén y alrededores o en dependencias de tres generaciones de Santoire. Yo comprendía mejor, y mis hermanos y cuñadas conmigo, la frase de mi madre que repetía con satisfacción intangible e inagotable cómo la había aliviado el retiro, los había aliviado a los dos; aquella insistencia nos sorprendió, nuestra madre nunca se había quejado, ni siquiera en los últimos años, del comercio y sus obligaciones y avatares, a diferencia de nuestro padre, cuyo carácter sombrío, toda su educación y el peso creciente de los años le provocaban vértigos anticipados y melancolía. Los muebles, las figuritas, los papeles, las fotos, los vestidos y los zapatos, la ropa, la vajilla e incluso los utensilios de cocina y las herramientas, todo, y eso era algo que se notaba, todo había sido objeto de selecciones draconianas y reiteradas; las velas estaban plegadas para la partida, no nos veríamos agobiados, no tendríamos que cargar con bolsas de desechos más o menos identificables ni deliberar interminablemente para saber cuál de nosotros cuatro se quedaría el viejo barómetro asmático e indescifrable, instrumento de vaticinios meteorológicos de nuestra madre, o el desgraciado cenicero en forma de cabeza de cebra comprado antaño en París, tal vez con ocasión de una Exposición Universal, en 1889 o en 1900 por un tío de nuestro padre muy aficionado a las curiosidades. El grueso del trabajo lo habían hecho ellos, con toda discreción y reserva, cuando entraron en la casa nueva, y nosotros no notamos ni vimos casi nada porque los muebles seguían allí, el decorado, la mayor parte de los objetos habituales, y sobre todo los gestos, una manera de sentarse, de inclinarse doblando las rodillas para sacar un plato del horno con un trapo enrollado en la mano, sin usar jamás el agarrador o la manopla regalos de una u otra de las nueras, una manera también de apoyarse en la nevera en la cocina para pelar una manzana con el cuchillo pequeño de mango naranja. Algunos cajones de las cómodas, o estanterías de armarios o alacenas resultaron estar vacíos, era algo emocionante y solemne, los gemelos casi lamentaron no ver resurgir ninguno de aquellos vestigios de las infancias huidas y escondidas que

algunos padres acumulan para su descendencia, cochecillo deshuesado muñecas mutiladas cuadernos escolares canicas aún brillantes y otras cosas. En una caja rectangular de cartón fuerte y blanco, sin embargo, bajo la cama de nuestros padres encontramos un paquete de canas, atadas con una ancha cinta verde pálido, dirigidas a Suzanne Santoire en casa de su madrina, Marguerite Martagon, 12, calle Des Peupliers, en Nevers, y acompañadas de una tarjeta de visita, metida debajo de la cinta, en la que nuestro padre había escrito a lápiz grueso con grandes mayúsculas nerviosas, año negro quemar sin abrir después de mi muerte; cosa que hicimos juntos los cuatro, sin siquiera autorizarnos a mirar las fechas de los sobres amarillentos.

A Horacio Fortunato le gustarían las flores, y los árboles, todos los árboles pero sobre todo los que florecen en las ciudades, las catalpas, los castaños, las lilas de las plazas, o las forsitias y las seringas, aunque no sean propiamente árboles, y todas las flores, pero sobre todo las vivaces, las tozudas, las que recomienzan y se empecinan y perseveran en tiestos y jardineras, en ventanas y terrazas o balcones, en las pendientes de los taludes asilvestrados que limitan las vías férreas, al pie de los plátanos del boulevard Raspail o de la avenida René-Coty. Eso se nota en su manera suave, cuidada, eficaz de agacharse para coger los productos de las estanterías; tiene gestos precisos y pacientes, vivaces y poderosos. Cada año acecharía los primeros crocos de finales de febrero o primeros de marzo, los temerarios junquillos cogidos en lo más profundo del Essone o Les Yvelines y vendidos en manojos espesos a la salida del metro por mujeres de dedos entumecidos y niños encorsetados en anoraks baratos; esperaba los lirios arrugados y las amapolas imperturbables de la línea B del RER, los tallos balanceantes de la malva real de julio y las lavateras tenaces y delicadas. Habría establecido una relación particular con cierto rosal Graham Thomas, lujurioso y amarillo, perpetuamente caprichoso, de mayo a diciembre, y como descuidadamente envuelto, lanzado a la cumbre y al asalto de un alto muro blanco, en la esquina de la calle de Toul con el pasaje Chausson, a dos pasos de casa de su padre, jamás habría cogido ni una sola de esas rosas que

en cambio se le ofrecían abiertas y profusas, se les habría acercado, las habría olido, de cerca, hasta rozarlas, hasta tocarlas, con la mano en forma de cuenco invertido, o con los labios, de cerca, tan de cerca que las habría podido morder, comerlas, pero no habría cogido nada, no lo hizo, no lo haré, Horacio Fortunato no haría ese tipo de cosas, a pesar de las ganas, solo lo pensaría y contendría sus gestos, los hundiría, los metería en el interior de sí mismo, con elasticidad y poderío, respirando con el abdomen, como se aprende en el kárate. En una novela que me prestaron, he olvidado el título y el autor, una mujer comía peonías; no se las comía de veras, no se tragaba los pétalos, sino que mordía la peonía en el corazón, no podía evitarlo, sobre todo si la peonía estaba tibia, a pleno sol, y fragante, insensata, me acuerdo de esta palabra que se repetía y también de que no quedaba cicatriz en la carne plena de la flor. Horacio Fortunato encontraría las peonías demasiado caprichosas, pero tendría mano para las plantas y su balcón se honraría con una clemátide auténtica, de un azul abismal, triunfante y modesta. Habría heredado de su madre una indefectible devoción por los geranios de la tumba, en Bagneux, y también se ocuparía cada viernes de las tres orquídeas blancas que eran el tesoro de su padre y reinaban, estallaban una tras otra, carnosas, luminosas, imperiosas e impávidas, sobre el mueble bajo de la sala, al lado de la televisión.

Mi madre lamentaba vivamente que no tuviera religión y me lo decía con sus expresiones; los días malos, sacudía la cabeza de derecha a izquierda y apuntaba con la barbilla con golpecitos secos para insistir, me sabe mal, tus hermanos no hacen tantos remilgos, se te va a caer el pelo, o, ya hablaremos cuando hayas cumplido los cincuenta; otras veces añadía más ligeramente, solo por probar, el comer y el rascar todo es empezar, o, entre sentencia y chiste, daño no puede hacerte aunque no te haga bien. Ella iba poco a misa con la excusa de que la tienda abría los domingos por la mañana, no llevaba ni una cruz de oro ni una medalla bendecida, no participaba en la romería anual diocesana a Lourdes o a Lisieux, en casa no había ningún crucifijo, solo el boj del Domingo de Ramos metido detrás del barómetro a la izquierda de la puerta de entrada; ella no era de iglesia como lo fue su

madre antes de la enfermedad, pero rezaba por unos y por otros; rezaba hacia dentro, moviendo apenas los labios, no juntaba las manos, no se arrodillaba, no se retiraba a una estancia consagrada a ese uso exclusivo, podía rezar planchando, arreglando las verduras del caldo o pelando manzanas para una tarta, o remendando calcetines, pero no limpiando la casa ni en la tienda, ni en presencia de su madre, de mi padre o de alguno de nosotros, sus cuatro hijos, habría sido como si saliera desnuda a la plaza para amotinar a la gente; había trazado esta imagen de la que nosotros nos reímos mucho cuando un verano, a los dieciséis o diecisiete años, le pregunté cuándo y cómo y con qué palabras rezaba; siempre empezaba y terminaba con un padrenuestro y un avemaría, y entre ambos era como una lengua extranjera que nadie habría entendido y que ella no me podía describir, pero lo que pedía en sus oraciones era muy preciso, la salud de todos nosotros, naturalmente, los exámenes, todos los viajes en avión o las imperturbables migraciones estivales que la ahogaban de inquietud; rezaba por las cosas grandes y por las pequeñas, por su tribu y por el mundo, podía repetirme al teléfono, en tiempos del proceso de Isabelle, cómo ella y todos los suyos, vivos y muertos, estaban presentes en sus oraciones, como lo estuvieron en 1994 las víctimas de las matanzas de Ruanda y las de la plaza de Tiananmen en 1989. Le gustaba que se lo pidiera, y ella lo hacía con gusto, sin pensar en ello, lo de rezar, y a veces incluso, en casos críticos, encender un cirio en la iglesia para tal o cual de mis amigos o conocidos, o un colega, o *madame* Jaladis que tenía exactamente su edad, a la que mi madre no conocía ni conocería porque profesaba un horror sagrado hacia las ciudades en general, y hacia París en particular, sin preguntarme jamás por qué me empeñaba en vivir ahí, sobre todo después de lo de Karim. Durante los dieciocho años que pasé con él, mi madre se limitó a respetar la línea roja impuesta por mi padre, no verían a ese hombre, no lo recibirían, en mi vida había ese agujero negro y no se hablaba de ello. Cuando él se fue, y mi madre comprendió que por fin estaba de mudanza y compraba yo sola un piso donde viviría sola, me dijo un domingo por teléfono, y yo no intenté saber más, que rezaba por mí, más que nunca, y también por él, que me había perdido.

Hoy he visto y oído la risa de Gordana y no era la misma persona, yo estaba casi orgullosa de haber adivinado hasta qué punto su risa podría ser un acontecimiento, un seísmo considerable, una aurora nueva, y me sentí un poco vengada de no haber notado que era zurda antes de haberla visto pasar las páginas del libro que estaba leyendo en el metro. Se reía con Régis, el hombre que se ocupa del reparto, Régis es todo un personaje del Franprix y del barrio, todo el mundo lo conoce, debe de medir cerca de dos metros, no puede atribuírsele ninguna edad, la piel de su cráneo y su rostro brilla perfectamente y abraza las cajas de reparto rojas y azules atestadas de productos del mismo modo como en otros tiempos y otros lugares se llevó a su lozana pareja en un baile bajo los farolillos de una noche de verano. *Madame* Jaladis le tenía mucho cariño, procede del mismo pueblo que ella, en el Cantal, Saint-Amandin, un nombre que siempre me hizo pensar en un pastel, y le gustaba explicar lo que en sus labios adquiría tonalidades de leyenda rugosa, la pequeña granja alquilada, colgada a mil doscientos metros de altitud, los dos hermanos mucho mayores que se quedaron solteros, envejecieron bajo la férula de un padre que murió centenario y todopoderoso, los inviernos que nunca se acaban, los veranos devorados de trabajo, la fidelidad sin falla a unos métodos anticuados, arcaicos, medievales, oigo todavía a *madame* Jaladis y vuelvo a ver sus manos, que agitaba en el aire ante sí como para ahuyentar una amenaza siempre tangible. Los dos hermanos no tenían permiso de conducir, el padre tampoco, bajaban a la tienda de la aldea en ciclomotor o en tractor para comprar el pan, paté, chocolate. *Madame* Jaladis no sabía nada de la madre, como si no hubiera existido, y veía en aquella sucinta lista de la compra la confesión de la gran miseria de los hombres solos que nunca comen caliente. Régis se rebeló, dio un portazo, abandonó el país, viajó por el mundo, ejerció todos los oficios y sirvió en la Legión antes de aterrizar, *madame* Jaladis no sabía cómo, en el Franprix de la calle Rendez-Vous donde tenía a su cargo el reparto, el mantenimiento y la vigilancia; vivía en el número 95 de la misma calle, en una antigua portería que compró, *madame* Jaladis lo felicitaba constantemente por ello, era una cosa sólida y

al menos siempre tendría un techo donde cobijarse; la única ventana de la portería estaba junto al local del supermercado, y toda la vida de Régis quedaba recogida allí, entre el 93 y el 95. No volvía al pueblo, no tema relación con sus hermanos, jubilados en Marcenat y náufragos de la agricultura de montana; ni siquiera fue al entierro de su padre, imagínese, un hombre que parece tan amable, tan tranquilo, siempre dispuesto a hacerte un favor, lo que tiene que haber visto y sufrido en su familia para llegar a eso. Hoy he pasado por delante del súper diez minutos antes de que cerraran, los he visto de lejos, a Régis y a Gordana, plantados en la acera, ante la puerta del edificio de Régis, estaban discutiendo a voces, él inclinado sobre ella y enseñando unas fotos en color de un diario, ella, coja y soberana, muy estirada, como asomada, con el largo cuello tendido hacia él. Yo estaba en la acera de enfrente, he aflojado el paso, solo se los veía a ellos, él inmenso y gesticulante, ella amarilla de pelo y sumergida en su cazadora de hombre de grueso cuero verde y duro; de repente ella se ha echado a reír, se le ha disparado su risa irresistible, como si patinara, como si bailara, y él la ha seguido.

Durante mucho tiempo tuve la tentación de Marsella; no enseguida, no en septiembre ni en octubre de 1985, cuando iba al trabajo como un autómatas, como un soldado de servicio, desligada de mí misma, y volvía enseguida a casa donde esperaba, incrédula la primera noche, los primeros días, después aturdida, privada de reacción, y sin ira; me quedaba sentada, sin encender la luz, ni leer, ni mirar la tele, me lavaba las manos, a menudo, largamente, comía fruta, uva, melocotones de viña, plátanos, y yogures de soja que dejan en la boca un sabor como de yeso y me provocaban una ligera náusea. Hacía lo mínimo, la compra, la colada, fregaba los platos, planchaba, el baño, el aseo corporal, la llamada a Saint-Hilaire dos veces por semana, no quería que me hicieran preguntas, que se apiadaran de mí, que se indignaran, que algún amigo intentara hablar con él, encontrarlo, convocarlo; además, nosotros nos bastábamos, al menos él me bastaba, y teníamos pocos amigos, un puñado de parejas que en aquella época del año estaban agobiados con la vuelta al colegio de los niños y otros pasos

obligados a principios de otoño. Más tarde, cuando lo supieron todo, quisieron verme, rodearme, hacerme reaccionar y emprender pesquisas, al menos en el hospital, para saber si se había despedido, o si solicitó unas vacaciones, un traslado, y cuándo se realizaron esas eventuales gestiones, antes de las vacaciones, en junio, o bien a finales de agosto, de manera inopinada; decían que eso cambiaba mucho las cosas, hablaban de premeditación, querían llenar mi silencio y no comprendían, no me entendieron cuando les dije que no tenían derecho a meterse así en la vida de los demás, Karim no tenía la obligación de aparecer, no estaba acusado de nada y yo no era una víctima; no teníamos hijos, no estábamos casados, no poseíamos casi nada en común, el asunto era sencillo, estaba cerrado, se había arrancado la perfusión. Ellos se rebelaban, había algo que se les escapaba, les provocaba vértigo, les daba miedo, yo les daba miedo, dejé que se desanimaran, se callaran, desaparecieran poco a poco de mi paisaje, se esfumaran. Pasó un invierno de pasmo, se derramó sobre las cosas, día tras día; en marzo nacieron las mellizas de Isabelle y Laurent y durante dos años, hasta que se trasladaron a Verrières, me injerté en aquella familia numerosa, animada, alegre, donde había tanto que hacer, y sin palabras, porque Isabelle sabía callar y Laurent no sabía nada. Después comprendí que no tenía que quedarme en mis pliegues, en nuestros pliegues; busqué y compré un piso, cambié el distrito catorce por el doce, la puerta de Orleans por el *square* Courteline, me inventé otra madriguera, otro terreno, reventé el absceso de las cosas de Karim, las di o las tiré; había poco pero no toqué nada, no las olí, no hurgué en ellas, no las clasifiqué, apenas podía tocar aquellas grandes bolsas con cremallera, bolsas a cuadros escoceses, rectangulares, de plástico sonoro y sólido, que para mí han quedado ligadas a aquellos años, a aquella explosión en pleno vuelo. Tuve la tentación de Marsella cuando me enteré, cuatro años más tarde, por un antiguo compañero de trabajo suyo que me encontré por casualidad en el metro, que Karim vivía en Marsella y acababa de tener un hijo; el hombre insistió, un hijo, y luego se calló, incómodo, como si de repente lamentara haber hablado. Nosotros no quisimos tener hijos, la cuestión ni siquiera se planteó, ni fue dolorosa, no plantaríamos ningún hijo, y además mestizo, la palabra silbaba entre los dientes de Karim, en el mundo, en este mundo.

Madame Jaladis me legó su Espíritu Santo; su hijo empleó ese verbo solemne, legar, dijo que su madre insistió mucho, en la palabra y en la cosa. Me había dejado en el buzón un mensaje con su número de teléfono, preguntándome qué día y en qué momento podía pasar por mi casa. Le propuse que tomáramos un café a primera hora de la tarde, el sábado siguiente, un ritual que habíamos instaurado su madre y yo unos años antes, una semana sí y otra no, una vez en su casa y la siguiente en la mía. Él lo sabía, su madre le había elogiado mis galletas a la naranja y el fuego que encendía para ella, desde principios de octubre hasta abril o mayo, según los rigores del clima, en la coqueta chimenea de mi piso en todo punto parecido al suyo, con la notable excepción de la chimenea funcional, ella precisaba funcional como en los textos descriptivos de las inmobiliarias; su hijo me lo recordó y yo me fijé en que al hablar del edificio él decía, como su madre, la casa, con la misma inflexión atenta y vigilante, casi tierna. El Espíritu Santo es una joya tradicional de Auvernia, privilegio de las familias pudientes, que se transmite de la madre a la hija mayor; *madame* Jaladis no había recibido el suyo en herencia, lo compró, en su cincuenta aniversario, se lo regaló, como consuelo y recompensa porque en su familia nunca hubo Espíritu Santo y porque su hijo empezaba a ganarse bien la vida, y ella podía sentirse un poco tranquila, un poco segura, un poco más cómoda; y de ahí el gasto del Espíritu Santo. Yo conocía la joya, *madame* Jaladis me había explicado de qué se trataba enseñándome una foto tomada en Auvernia, en Saint-Amandin, el verano de sus ochenta y cinco años; ella era la decana de la familia, pues sus dos hermanos menores y sus esposas no pasaron la barrera de los ochenta y cinco, ella usaba esta expresión; aunque las mujeres son más sólidas, y también más razonables, sus cuñadas no habían tenido la vida fácil con unos hombres así, ella no habría podido soportar jamás a unos hombres semejantes, el suyo, por suerte, no tuvo esos defectos, pero se fue demasiado joven. No se sabía con exactitud cuáles eran esos defectos pero comprendí que habría sido absurdo plantear la pregunta. Sus sobrinos y sobrinas estaban muy bien, muy espabilados y muy simpáticos; organizaron para ella un hermoso banquete, en un

restaurante, en Riom, lo habían previsto todo, era una sorpresa, y una fiesta magnífica, su hijo no se la perdió. Lo hicieron muy bien, después no pudo regresar al pueblo, aquella fue la última vez, antes del cementerio, donde todo estaba ya preparado. Lo decía levantando la barbilla, y guardaba la foto en el segundo cajón del pequeño mueble del recibidor, donde también guardaba el almanaque del año en curso, una libreta de direcciones de molesquín color burdeos y su recado de escribir. Se daban noticias por teléfono, regularmente, pero los sobrinos no subían hasta París, y los desplazamientos se le habían vuelto demasiado difíciles, demasiado cansados, no había que tentar al diablo, a pesar de su buena salud, y a su edad no estaba verdaderamente bien más que en su casa, aunque sus sobrinos y sobrinas, y sus hijos y nietos, seis ya, eran adorables, ella pronunciaba adorables separando cada sílaba, con fervor y gravedad. El Espíritu Santo viene en su estuche original, una caja cuadrada, forrada de cuero azul marino y con el interior acolchado de satén negro; la joya está reposando; es un colgante en forma de paloma con las alas abiertas incrustadas de esmaltes y piedras de Auvernia. En el estuche, grabado en finas letras de plata, se lee Roumec, Riom-ès-Montagnes. Jean-Jacques Jaladis añadió que su madre también compró para él en Roumec, en 1955, su primer reloj, regalo de la solemne comunión, y en 1964 el reloj de oro de sus veinte años. El hijo de *madame* Jaladis tiene las manos grandes y casi leñosas, los ojos negros y unas asombrosas pestañas de chica, espesas y curvadas, *madame* Jaladis decía que había salido a su padre en el físico y a ella en lo demás. Huele a vetiver; cuando se inclinó sobre el estuche que yo acababa de abrir, respiré su aroma.

Horacio Fortunato habría sido un excelente padre, un padre mayúsculo, un padre inconmensurable, inolvidable, irremediable, insuperable, insumergible; sus tesoros de menudas y constantes atenciones, de cariño sin falla, de amor orgánico, de paciencia angélica, de autoridad benevolente, de firmeza tranquilizante, sus reservas de inquietudes dolorosas y de angustias lancinantes no se gastarán, no se habrán gastado, permanecerán apiladas en montones apretados en los laberintos afelpados de sus almacenes interiores,

se convertirán en polvo, o se pudrirán bajo su piel, se pondrán agrias y lentamente envenenarán todo lo que le queda de vida, los días las semanas los meses los años. A Horacio Fortunato le habría gustado por encima de todo esperar a sus hijas a la salida del colegio, o ir de compras con ellas por el barrio, ocuparse de sus deberes, de lavar la ropa, de las comidas, las fiestas de cumpleaños, las visitas al pediatra o al dentista, de comprar material escolar para la vuelta al colegio o prendas de abrigo para el invierno o botines de moda o una funda de edredón a cuadros azules y verdes. Le habría encantado montar estanterías nuevas y un aplique suplementario, rosa para una, naranja para la otra, en sus habitaciones, con un papel pintado que él habría renovado regularmente, y unos techos que habría repintado. Le habrían gustado todas esas cosas ínfimas, un poco aburridas, siempre dulces, y repetidas, tenaces, sempiternas. Habría tenido dos hijas, se llevarían pocos años, no se habría divorciado, incluso después de haber dejado de amar y desear a la madre de sus hijas, porque él no quería ser un padre de domingo ni vivir en la ausencia de sus hijas ni imaginar por un solo segundo la presencia cotidiana junto a ellas de otro hombre, compañero o segundo marido de la madre; habría tenido dos o tres aventuras breves y físicas, pero en el fondo aquella mujer le convenía, le bastaba, le quedaba bien, como se dice de una prenda de buena calidad a la que estamos acostumbrados; era una mujer razonable, seria, apagada, pequeña, fiable, carente de imaginación, pésima ama de casa y cocinera pasable, poco locuaz al final del día, gran trabajadora enamorada de su trabajo, la venta de material de cocina para colectividades, y le habría dejado el campo casi enteramente libre en cuanto al cuidado de las hijas, reclamando para ella solo el ámbito de la peluquería, una vocación recuperada, y de la educación religiosa. Qué será de Horacio Fortunato cuando su padre haya muerto, en quién pensará en el transporte público, sobre quién se inclinará, a quién tocará, para quién elegirá los mejores productos domésticos y las carnes blancas fáciles de digerir, para quién pasará por la farmacia, quién lo esperará con ilusión, quién contará con él para cambiar la bombilla del baño o para arreglar el tirador del armario de los zapatos y regar las orquídeas y ocuparse del panteón del cementerio de Bagneux y llamar a la peluquera a domicilio y cambiar la pila del mando a

distancia de la televisión nueva. Quién, muerto ya el padre, pensará en Horacio Fortunato varias veces al día.

Ocho años después de mi llegada al edificio, y durante dieciséis meses, de septiembre de 1998 a finales de diciembre de 1999, tuve, en el tercer piso, al otro lado de la calle, muy exactamente frente a las ventanas de mi cocina y de mi habitación, un vecino que iba desnudo. Existe una palabra para eso, exhibicionista, una palabra larga y erizada que no cuadra con aquel hombre. *Madame* Jaladis también lo veía, me habló de ello varias veces, con suavidad testaruda, sentía lástima, meneaba la cabeza y no me miraba directamente, parecía como si estuviera buscando en el interior de sí misma; a ese chico debe de faltarle algo, qué será eso que le falta, sin embargo tiene mujer, joven como él, son jóvenes, son músicos, se los ve haciendo música con otros algunas noches, música clásica, *madame* Jaladis se había fijado en los días, los manes y los jueves, al menos dos veces por semana, a veces más, quizá antes de los conciertos, para ensayar, deben de dar conciertos, no es nada fácil para los jóvenes abrirse camino en esos ambientes, ganarse la vida, me lo cuenta mi hijo, a él le gusta el piano, llegó a tomar clases para aprender, sabe cómo son esas cosas, tal vez también son profesores, vienen otras personas, dos hombres, él toca el violín, después comen en la cocina, y ella fuma en la ventana, la mujer fuma, coloca un pequeño cenicero en el borde, no tira la ceniza a la calle, acaban tarde, por lo menos a las doce o la una. En su sueño, que esperaba tranquilamente, que siempre terminaba viniendo, *madame* Jaladis tenía esa gran suerte, lo reconocía, en septiembre y octubre, en mayo o junio de aquellos dos años, 1998 y 1999, cuando estaba cerrando los postigos y dejaba la ventana entornada con la falleba, *madame* Jaladis oyó la risa de la mujer. Decía la mujer, pero él era el chico, o ese chico, no el hombre. Un hombre no hace esas cosas, *madame* Santoire, se callaba y clavaba sus ojos en los míos, sus manos se aplicaban a alisar el tejido de la falda sobre las rodillas. Lo repetía, un hombre no hace esas cosas. No hablaba de ello con su hijo; podía enterarse preguntando a las porteras y a las mujeres de la limpieza del barrio que se conocían y lo sabían todo sobre todo el mundo, bastaba con ponerles la mosca detrás de la

oreja. Podía enterarse, habría podido, no lo hizo, no supo nada más. El hombre se masturbaba, la cosa duraba mucho rato, enseñaba hasta medio muslo en el estrecho rectángulo de la ventana del cuarto de baño que abría de par en par, detrás de él a la derecha, por encima de su cabeza, se adivinaba un calentador de agua sujeto a la pared pintada de azul. La mano izquierda le caía a lo largo de la cadera, como muerta, mientras que la derecha trabajaba, mecánica y blanca, sobre el mango hinchado. Aquella palabra de mango se me ocurrió la primera vez, no supe de dónde me venía. Su cuerpo delgado y lampiño permanecía perfectamente inmóvil, él levantaba la barbilla, estiraba un poco el cuello. Creo que cerraba los ojos pero no estoy del todo segura y no lo habría reconocido si me lo hubiera encontrado en la calle o en la panadería. Lo hacía de noche, después de las once; no puedo saber si lo hacía también cuando yo no estaba en casa y no lo hizo jamás cuando yo no estaba sola. Yo no lo miraba, solo lo veía a él, lo sabía pero no lo miraba y continuaba moviéndome por el piso. No cambiaba nada. No pondría cortinas en la cocina. La mujer que vivía con él estaba ahí, al otro lado de la pared, acostada, tal vez durmiendo; a veces incluso la adivinaba al fondo, a la izquierda de la habitación de al lado, un salón, su sala de música, con el perfil inclinado sobre la luz de una lámpara alta y amarilla. Ella se marchó el 2 de enero de 2000, se mudó, vinieron un hombre y una mujer de mi edad, podrían haber sido sus padres, llegaron en un gran coche familiar gris matriculado en el Calvados; *madame* Jaladis se sabía los números de los departamentos, vio aquel número y me lo dijo. Se trajeron paquetes y muebles pequeños, un sillón, la lámpara. Él se quedó hasta la primavera. Pronto hubo otra mujer que tocaba el violín con él. No volvió a hacerlo. Después, a finales de mayo, él ya no estaba allí. Más tarde, mucho más tarde pensé en el cuerpo de Cristo a causa de la línea de los hombros y de la piel blanquísima, lisa.

En 2002, en el mes de julio, pasé tres semanas sola con mi padre en Saint-Hilaire, durante el último verano de su vida. Me bañé en su paz tapizada de pequeños gestos rituales ínfimos que me abstuve de alterar. Lo oía levantarse a las siete y regar las cuatro macetas de petunias violetas con

venas blancas que rutilaban, ufanas y presumidas, en los amplios antepechos de cemento de las ventanas de la planta baja. Había renunciado al jardín perfecto en el que se habían empeñado mi madre y él durante los primeros meses de la jubilación, debidamente secundados por Denis y Babeth, expertos en cuestiones hortícolas. Me gustaba aquella planta vivaz crónica a prueba de bomba que durante más de veinte años, entre abril y octubre, puntuó nuestras conversaciones telefónicas del miércoles y el domingo, las judías serían hermosas, el perejil tenía sus caprichos, este año intentarían la reina de los hielos la reina de las escarolas quien nada intenta nada obtiene, los tomates estarán en su punto cuando tú vengas, los guisantes se deshacen en la boca, nada que ver con los de conserva, incluso los mejores, lo puedo decir por experiencia propia. Mi padre no sufría grandes dolores, iba menguando, no estaba triste; sus ojos se reían cuando me hablaba de los tres hijos de sus nuevos vecinos, dos niños y una niña más pequeña, pero es ella la que ordena y manda, se ve a la legua, vaya elemento esa Julie tiene un carácter que me recuerda a tu madre, por cierto, su segundo nombre es Suzanne y ella prefiere el primero; mi padre los oía jugar en el patio trasero y los veía pasar en bicicleta o cuando iban o venían de la escuela, los niños hacían grandes gestos y gritaban el nombre de mi padre. También disfrutaba con las visitas de Babeth, la mujer de Denis, con quien siempre tuvo una gran afinidad y confianza, venía de Moulins casi día sí día no, más a menudo sin Denis que con él, no le quedaban parientes cercanos y cuidaba a su suegro, lo mimaba, incluso lo malcriaba, él estaba de acuerdo y se dejaba; le traía a los niños cuando los tenía durante las vacaciones, completaba con él los crucigramas más enrevesados y le leía el periódico, exclusivamente las noticias locales, para las demás él se las apañaba muy bien solo pero Babeth había nacido en Saint-Hilaire, había sido asistente social en la región durante cuarenta años y conocía a todo el mundo, fechas de nacimiento y vínculos de parentesco incluidos, se interesaba por las personas sin hablar mal de ellas ni cotillear, era la obsesión de mi padre, y la de mi madre, hasta el punto de que *el cotilleo mata el comercio y a las personas* fue para ellos una especie de lema que repetían sin cesar y estaba en un letrero en la tienda. El día anterior a mi partida, en una conversación sobre los Demy, la manera como ese apellido

se apagaba, se perdía, mi padre habló brevemente de la guerra; la última vez que vio a Georges Demy, en 1997, en Nevers, en la cama de un hospital donde se recuperaba con dificultad de una complicada operación de riñones, se confesaron lo único que lamentaban los dos, no haber sabido mostrarse a la altura de las circunstancias ayudando a aquella gente acosada como ratas, las manos de mi padre se anudaron sobre sus muslos, lo repitió, como ratas, mientras que ellos, Georges y él, tuvieron la suerte de librarse de un largo cautiverio en Alemania, y de que la línea de demarcación pasara por el otro extremo del cantón. Babeth y yo no añadimos ni preguntamos nada. Mi padre se ocupaba de sus cosas, se deslizaba por la casa amistosa y hospitalaria, y me decía, no se puede ser y haber sido, o ya soy demasiado viejo para ser un muerto, o he hecho más que mi tiempo, o cada día que pasa me acerca más a tu madre.

Ayer por segunda vez vi a Gordana salir del habitáculo de su caja, levantarse extraerse caminar. Nadie se lo pidió, saltó, veloz, ágil, con la frente pertinaz y la blusa abierta. Se agachó, sus brazos, sus grandes manos barrieron el espacio alrededor, recogiendo las monedas esparcidas de la clienta cuyo monedero acababa de dispersarse ruidosamente por el suelo en la sección de frutas y verduras. A esta clienta le cuesta mucho moverse, no puede agacharse para recoger las monedas, está a punto de dar a luz y lleva guantes de terciopelo negro. Su hermoso rostro blanco, casi infantil, redondo, sus ojos verdes, sus largas pestañas doradas, las perlas de sus dientes, el rosa de su boca estallan en una gavilla de colores sobre el drapeado sepulcral de la ropa que la engulle y traga sus cabellos, las orejas, la nuca, el cuello, las muñecas, las manos, los tobillos, los pies y todo su cuerpo, que se intuye felino y bailarín a pesar del vientre descomunal. Me he cruzado varias veces con ella, en correos y en el laboratorio de análisis, es imposible olvidarla, no puede no verse, la gente habla, una aparición semejante da que hablar. Casi parece ir disfrazada a causa de los guantes, sin duda, y del contraste entre las manos enguantadas de terciopelo y toda la luz que, a pesar o gracias al velo negro, fluye de su mirada, de los dientes, de la tez anacarada. La gente dice que es del Lot, de Cahors, llegó en otoño con su marido, un integrista auténtico que habla inglés y parece mucho mayor que ella, se instalaron en el *square* Courteline en un bonito edificio

donde la familia de ella posee varios pisos, están estudiando, serían estudiantes; figúrese, para los padres, para la familia, lo que ha de ser tener una hija así, tan joven, conversa, encinta. Desde que estoy jubilada, me doy cuenta de que en algunos barrios de París, entre ellos el mío, la gente que tiene tiempo vive todavía como si estuvieran en una ciudad pequeña o un pueblo grande, diseccionan la vida de los demás, o la despiezan, la comentan, la trituran, y se inventan lo que no saben; las tiendas de alimentación, los mercados o la farmacia son espacios propicios para tal ejercicio; oigo frases, coso los trozos; las personas, siempre las mismas, no muchas, sobre todo mujeres, están de pie, son dos o tres y lanzan palabras fuertes imprimiendo a sus cabezas repeinadas imperceptibles sacudidas; llevan zapatos cómodos y brillantes, abrigos beis, gris o marrón, más raramente rojo burdeos, verde botella o azul marino, siempre van vestidas con esmero pero sin ostentación. Oí el acento cantarín de la joven, su voz fresca, fluida, cuando dio las gracias a Gordana, con vivacidad y calidez, y una perfecta naturalidad, como si no notara todas las miradas que la apuntaban a ella, clavadas en su vientre, su nuca, su espalda. Yo entraba en el supermercado, las monedas se cayeron, rodaron por el suelo, las clientas se quedaron mirando. Gordana surgió detrás de mí, y todo fue muy deprisa; después volvió a la caja de un salto casi salvaje, con el rostro hendido por una sonrisa feroz, y aquella aparición puso la proa hacia la sección de lácteos, soberana, impávida, navegando a lo largo de los armarios refrigerados, flanqueada por un elegante carrito violeta perfilado como un equipaje de lujo y del que sobresalía un penacho de puerros.

Hace veinte años que canto en un coro. En él he conocido a mis amigos más cercanos, más sólidos, los que entraron en mi vida después de Karim y ya no salieron de ella, aunque dos están muertos, vivimos con los muertos, lo estoy aprendiendo, lo he aprendido, y no es únicamente triste, también es dulce, muy envolvente. Mis amigos no son solteros, son parejas históricas que han criado hijos, han atravesado tormentas, se han ocupado, se ocupan de sus ancianos padres, son propietarios de su piso en París y han heredado una casa familiar, o la han comprado, y restaurado, reinventado, en Ariège,

en la Drôme, en el Cher o en las Ardenas; me invitan y me gusta ir, también una o dos veces al año vamos a pasar unos días, incluso una semana, en una gran ciudad, Londres, Lisboa, Barcelona, Viena, Estambul, Berlín o San Petersburgo, yo me encargo de todas las reservas, comparo, propongo, organizo, confían en mí. El coro fue una idea de Isabelle que empezó a cantar en Guéret en su internado religioso y siguió en París hasta el nacimiento de las mellizas. Tenía una voz de contralto de la que todavía me acuerdo con gran precisión, me parece estar oyéndola, tenerla en el oído y como infusa bajo la piel; solo le gustaba la música sacra y dormía a los niños con Händel o Bach, permanecía de pie en medio de la pequeña habitación de la calle Focillon y oficiaba en la penumbra azulada de la lamparilla de noche redonda. Yo me quedaba retirada, apoyada en la pared del pasillo, arrancada al tiempo, hundida más allá de mí misma, acunada, revuelta. Varias veces, en el locutorio, cuando estaba en Fleury-Mérogis, me dijo que lo más difícil de la cárcel era la falta de sus hijos y el no poder cantar, las dos cosas juntas, una iba con la otra, repetía aquellas palabras sin mirarme y ambas sentíamos que habríamos podido llorar pero no lo hacíamos, no había que hacerlo, los diques habrían cedido, no lo hicimos, jamás. Isabelle decía que cantar reparaba y consolaba de todo porque el canto subía desde el vientre para mezclarse con el aire, con la luz, con otras voces, con la música; decía que el canto inventaba alegría. Había pronunciado las palabras exactas porque, después de mi traslado, busqué un coro en el distrito doce, lo encontré y me mantuve en él de manera muy mecánica, rutinaria, aplicada, antes de llegar primero al placer, después a la alegría. Isabelle no sabía leer partituras y no escuchaba música en casa pero el terciopelo desnudo de sus nanas sacras es lo que de ella permanece en mí, lo más vivaz después de todos estos años. A veces hablo de ello con sus hijas, ellas tuvieron educación musical y tocan el piano, han seguido, continúan con el instrumento, pero no cantan, no pueden, es demasiado desnudo, demasiado desollado.

Mis hermanos, sobre todo los mellizos, habrían querido conocer a Karim. Insistieron durante varios años, antes de desanimarse y renunciar a

comprender por qué me resistía. Ni yo misma lo sabía con certeza. Karim me dejaba hacer a mi manera, no hacía preguntas, no hablábamos de nuestras familias, no necesitábamos hacerlo. Él habría actuado con mis hermanos según su costumbre, habría sabido encontrar las palabras, los gestos, colocarse a la distancia justa, en ese aspecto yo estaba tranquila; mis hermanos se habrían marchado contentos, y tranquilos, quizá tenían miedo, también ellos, porque Karim era árabe, y más precisamente oriundo de Argelia, aunque tuviera la nacionalidad francesa y un auténtico trabajo estable en París. Al principio me hicieron preguntas, yo respondía, e incluso nos reíamos juntos de nuestro padre que ya me veía arrebatada de Francia, machacada, envuelta en velos, agobiada de hijos demasiado numerosos, esclavizada en la aldea y víctima de las humillaciones de mi suegra todopoderosa; mis hermanos llamaban a eso su película, se monta su película, una auténtica serie, es fácil saber de dónde saca todos los detalles, el mundo ha cambiado desde la guerra de Argelia, hay que poner los relojes en hora. Los mellizos discutían con él y defendían mi causa en las sobremesas de familia cuando se quedaban los hombres solos entre el humo tozudo de los puritos que mi padre sacaba para ellos de su caja llamada de Cuba, una caja rectangular, con la tapa abombada, de madera lisa y casi roja; me la quedé, por su olor, definitivo y dulce, con el que van como vestidos y embrujados, habitados, mi pasaporte, el permiso de conducir y las tarjetas de voto que conservo. Mis tres cuñadas y Denis no defendían nada, preferían batirse en retirada y ocuparse con mi madre de la cocina o de los niños, que había que acostar para la siesta; con la siesta no se transigía, ni con la buena educación, ni con los modales en la mesa, pensaban en el futuro, se equipaba a los descendientes con el viático indispensable para salir al mundo y encontrar un puesto, miraban lejos, el horizonte estaba abierto, íbamos hacia delante. Ahora creo que para mi madre, mi padre, y también mis hermanos, mi vida con Karim era indescifrable e inquietante a fuerza de quedar suspendida en el presente, en la nada, sin más perspectiva que el tiempo compartido día a día, mes a mes, estación a estación, año tras año. Mi vida pasaba iba a pasar pasaría, y yo no habría construido nada de valor, ni una casa, ni una familia, sobre todo una familia. La abuela Lucie decía hacer casa, y la expresión aunaba,

recogía todo lo que valía la pena ser aquello por lo cual estamos aquí, aquí plantados, nosotros los humanos, los hombres, las mujeres. Con un hombre como aquel yo no haría casa, no podía ser, lo creían con toda su piel, y era una pena. Nos arreglamos, ellos y yo, todos nosotros; mis hermanos se convencieron de que yo no iba a darles acceso, de que no podía, o no quería, o las dos cosas a la vez, no se desenredó nada, el tiempo pasó sobre todo aquello y una especie de paz, casi dulce, quedó inventada. Vieron que yo no me deprimía, que no me perdía, que no dejaba el trabajo, que seguía ahorrando, que no abría ninguna cuenta conjunta y que no olvidaba las fechas de los cumpleaños.

Hace dos semanas que Gordana ya no está. Primero pensé que había regresado a su país por vacaciones; pensé en el momento en que se reuniría con ese hijo que va creciendo, que crecería, nueve años, pronto los diez; el cuerpo del hijo se alarga y abandona la infancia, con él cada vez recurriría menos a la caricia cálida y muda, apretar, apretar, con los ojos cerrados, como si el abrazo no fuera a terminar nunca. No sabrían qué decirse y dirían lo menos posible, él y ella. Él se escapa, las tías y la abuela cuentan, es como su madre, Gordana, imposible, salvaje, muy independiente, corre por todo el barrio con otros chiquillos y es difícil hacerlo obedecer, siempre tiene un pie en el aire, y en la escuela solo se queda quieto si tiene un maestro, con una maestra, sobre todo si es joven, la partida está perdida, es lástima, porque aprende bien cuando quiere, lo comprende todo muy rápido pero no se aplica, no se está quieto, es la enfermedad de los chicos de hoy día, la culpa es de las pantallas, de los videojuegos, es su vida, no se los puede seguir, cada vez se podrá menos. Las dos tías menean las cabezas fatigadas, las tías están cansadas, la abuela también. Cuesta mucho hablar en serio con Gordana, es una alegría verla, pero con ella todo fue siempre complicado, le habría gustado llevarse al niño, pero eso es algo que no se hace, ni siquiera lo hacen cuando los que se van son la pareja, al menos al principio, no digamos pues ella, en su situación, sola, sin padre para su hijo y con su pata loca. Gordana trae regalos, los escoge bien, adivina lo que gustará, juegos para el chico, ropa para todo el mundo, de la que aquí no se

encuentra, aunque las cosas han cambiado mucho, ahora hay mucho donde elegir en las tiendas, tal vez no tanto como en Francia pero poco le falta, lo que pasa es que es caro, las ganas no faltan pero no hay dinero, para los jóvenes es algo terrible. Gordana comprende lo que necesita la gente, y sobre todo no deja nunca de mandar el dinero, cada mes, no falla nunca, es una mujer fuerte. Esta mañana lo he arreglado para pasar por la caja justo detrás de Horacio Fortunato, él se ha atrevido, se ha inclinado, ha preguntado, no he oído lo que ha dicho exactamente, tal vez sabía que yo estaba allí, seguro que él también se ha fijado en mí todo este tiempo, más de un año, un año y cuatro meses casi día por día que estoy jubilada, y ocho meses que sabemos lo del pie de Gordana, recuerdo que fue el día antes de la muerte de *madame* Jaladis. Las obras del piso ya están terminadas, Jean-Jacques me lo ha enseñado, ha preferido esperar a que todo esté impecable para permitirme visitarlo, quería que viera los espacios vacíos, los muebles llegan la semana próxima, de su madre solo ha conservado la hermosa vajilla, que a ella le gustaba con delirio, un mantel de Damasco, la cómoda panzuda de la salita, una curiosa mesilla oval, y cuatro sillas de enea, rubias, lustrosas, que proceden de Saint-Amandin, de la iglesia, el cura las vendió para instalar bancos modernos y las sillas se quedaron en las familias, *madame* Jaladis les tenía mucho apego, las llamaba mis reliquias auvernias y Jean-Jacques también; dice las reliquias de mi madre, nunca de mamá, él no usa la palabra mamá. No habla mucho de ella, está en paz con sus muertos y confiado respecto al tiempo abierto que le queda por vivir, su madre estaría contenta de ver el piso en este estado, y de sabernos en armonía a los dos; él se ríe, le gusta reír; en armonía me parece bien y forma una imagen; nos ensanchamos y nos domesticamos. No he entendido la pregunta que ha hecho Horacio Fortunato, pero la respuesta la ha lanzado de un chorro, flamante como un toque de clarín, en un tono casi triunfal, la cajera redonda y morena que a partir de ahora quedará clavada a la caja ocho, no va a volver, Gordana, se ha despedido y se ha marchado.

Gordana es un nombre de mujer áspero y amarillo, es también el título de un cuento largo que publiqué en la primavera de 2012 en las Éditions du Chemin de Fer.

Siempre he intuido más o menos que *Gordana* era una salida de pistas y por tanto, tal vez, un principio de novela.

Nuestras vidas es esta novela.

OceanofPDF.com

Notas del traductor

[1] En francés existen las formas *cuiller* y *cuillère*, ambas son femeninas, pero la primera podría tomarse por una palabra del género masculino, que es lo que hacen los personajes del relato. <<

[2] «El primer paso, me gustaría que ella diera el primer paso». <<

[3] «No forzarla, hacerme una señal en voz baja». <<

[4] «podemos esperarnos mucho tiempo así, podemos pasar años contemplando, y vivir cada uno por su lado». <<

OceanofPDF.com